

MUJERES DE LA GUERRA: HISTORIAS DE VIDA DE MUJERES EXPARAMILITARES

JUAN DAVID GUERRA CANO
NATALIA HERNÁNDEZ BERRIO

PARA OPTAR AL TITULO DE PERIODISTAS

ASESOR
JUAN DAVID ORTÍZ FRANCO
PERIODISTA
MAGISTER EN GOBIERNO Y POLÍTICAS PÚBLICAS

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE COMUNICACIONES
PREGRADO DE PERIODISMO
MEDELLIN

2020

Este proyecto recibió dineros del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Pregrado de la Facultad de Comunicaciones y el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
El pasado que me condena.....	5
Cogí mi camino.....	21
La copa que rebosó y estalló	46
“Yo le di la vida, pero si me toca quitársela, se la quito”	80

INTRODUCCIÓN

El conflicto armado colombiano tiene varios actores, entre ellos los paramilitares, cuyas filas, predominantemente masculinas, también contaron con la participación activa de mujeres combatientes, aunque en menor medida, por lo que su presencia no es tan reconocida.

El motivo por el cual se plantea la realización de estas historias de vida es el poco conocimiento que hay sobre la presencia de mujeres en los grupos paramilitares. Un rastreo de información permitió constatar que, a diferencia de lo que pasó y aún pasa con las mujeres de los grupos guerrilleros, los medios de comunicación han tratado escasamente el tema, y cuando lo han hecho, ha sido de manera poco profunda.

Este trabajo de grado narra, a través del género periodístico historia de vida, las vivencias de cuatro mujeres exparamilitares que pertenecieron a los Bloques Metro, Central Bolívar, Puerto Boyacá y al Frente Isidro Carreño de la Autodefensas Unidas de Colombia, quienes se desmovilizaron y reintegraron a la vida civil, luego de participar en el proceso de Justicia y Paz en 2006.

La primera historia pertenece a Cristina, ex integrante del Bloque Metro, quien trabajó en el área política del Bloque en los barrios y quien también estuvo cerca de grandes capos del narcotráfico. La segunda historia narra la vida de Deisy Sánchez,

una mujer que pasó de ser paramilitar a convertirse en funcionaria pública y gestora de paz. La tercera es la historia de Sandra Bolaños quien perteneció al Bloque Central Bolívar como comandante de contraguerrilla y después fue sicaria de la organización (a ella se le adjudican más de 100 muertos). Por último, estará la vida de Sandra Sánchez, quien primero fue combatiente guerrillera y después paramilitar.

Hay que agregar que partimos de la exigencia y el compromiso como periodistas de contribuir al conocimiento de los actores armados y sus dinámicas y contextos, sin hacer un ejercicio apologético o de justificación de sus acciones violentas, sino de un trabajo que reconoce una doble exigencia al narrar el conflicto: se debe discutir, analizar, y si se quiere debatir, lo relacionado con el accionar de los actores armados; pero para hacerlo hay que rescatar, describir, y tener como punto de partida, los rostros, las personas, y por ende, las historias de vida de quienes lo vivieron.

El pasado que me condena

Niña de bien

Cuando terminé de abortar salí ensangrentada de mi casa, con la ropa manchada y llorando. Ya no recuerdo qué hice o hacia dónde fui. Simplemente caminé con la cara llena de lágrimas. Sentía un dolor muy profundo. Solo sé que al ver ese pedacito de carne se me terminó de zafar la tuerca de la cabeza con solo 13 años que tenía. Vivir un aborto es muy tenaz y más cuando es por una violación. Con eso me enloquecí por muchos años.

Yo había sido una niña de bien. Vivía con mi abuela en una casa de El Velódromo, una zona muy decente de Medellín, y estudiaba en La Presentación, un colegio de señoritas. Mis papás eran muy niños cuando nací, mi mamá tenía 15 y mi papá tenía 18. Muy jóvenes para enfrentar la crianza de dos niñas, porque también estaba mi hermanita. Con el tiempo, cada uno armó su propio hogar, su propio vínculo. Mi hermanita y yo nos quedamos viviendo con mi abuela. Siempre hay alguien más sufrido en la casa, el más rebelde. Esa era yo. Me afectó mucho no tener a mi papá ni a mamá viviendo conmigo.

En el 83 me echaron de La Presentación porque perdí el año, y por dárme las de revolucionaria. Tenía una compañerita llamada Claudia que era negrita. Todos la

discriminaban por eso. En ese colegio no aceptaban niñas que no fueran blancas ni niñas que no fueran de padres casados y católicos, había que llevar la partida del matrimonio de los papás o garantizar que tu fe era católica. Yo lloraba mucho cuando la trataban mal, veía que la empujaban, la estigmatizaban sin razón. Un día la defendí delante de todos de una profesora odiosa que era la que más la humillaba. Una mona mostrona, muy bonita, pero muy racista. Se llenaba las manos de pulseras que le sonaban cuando escribía en el tablero. Yo alegué con ella, le reclamé por ser así. Ese año lo perdí. Por peleona ya no me querían en ese colegio, entonces me fui a estudiar en el colegio Teresiano, de Santa Lucía.

“Pedacito de carne”

En el nuevo colegio me conseguí un noviecito de Itagüí, dejaba de ir al colegio por irme donde él, entonces me echaron del Teresiano también. Ni mis padres ni mi abuela sabían qué hacer conmigo. Hasta que decidieron meterme a otro colegio de Itagüí. Fue allá que me violaron.

Me invitaron en el colegio a una integración en Amagá, porque el equipo de fútbol del colegio iba a jugar contra un equipo de allá. Yo feliz, pedí permiso y me dejaron. El día llegó y nos fuimos. Todo el grupo estaba allá. La estábamos pasando bueno. Dos compañeros me ofrecieron marihuana, y por ponernos a fumar marihuana nos dejó el bus, o eso creí yo, porque todo eso había sido planeado por ellos dos. Nos íbamos a tener que quedar hasta el otro día. Uno de esos muchachos era gay. Yo recuerdo que él me agarró a la fuerza, bruscamente, y me sostuvo para que el otro

me quitara la ropa y me violara. Eso fue el 6 de diciembre de 1984. Aún me faltaban meses para cumplir los 14 años. Quedé embarazada producto de esa violación.

Mis papás me hicieron abortar. Lo hice en mi casa. Aborté en el sanitario con una sonda. Me dolía mucho. Yo vi cuando cayó ese pedacito de carne con sangre. Con eso cayó mi tuerca, con eso me enloquecí 18 años, con eso empezó mi rebeldía. Ahora se me salen las lagrimitas porque me duele por allá una partecita de la herida.

Apenas aborté salí de mi casa enloquecida. Me fui a caminar como los locos. Fue tanto tiempo de dolor que ni siquiera lo podía hablar porque lloraba. Tengo 48 años y todavía conservo un dolorcito por allá, pero es el dolor de la frustración. Qué berraquera las violaciones y los abortos. No he podido perdonar a mis padres, por más que voy a la iglesia y oro, siento que hay una parte de mi corazón que no perdona. No sé si es el aborto o el abandono, no sé qué duele más.

He ido a terapias, terapias y más terapias. La mayoría de las que fuimos víctimas de abuso sexual nos enloquecemos. Eso es una cosa que no se supera fácil. La gente cree que es muy sencillo. Como quien dice: "Ah, la violaron, pobrecita, bueno, pero eso con el tiempo pasa". Ojalá.

A los que me hicieron eso nunca más los volví a ver. Mi mente los olvidó. Afortunadamente, porque yo estuve con gente tan mala que si hubieran dañado mi corazón ellos ya estarían muertos. Alguno de mis amantes los hubiera matado. Ahora mi vida a nivel espiritual agradece que eso no sucedió.

Juguito de naranja

La experiencia dolorosa que viví me llevó a la vida de la rumba. Me junté con personas que pertenecían a unas clases sociales muy altas y terminaron envueltas en el mundo del narcotráfico. En realidad, toda la sociedad medellinense, todos los estratos sociales, se involucraron de alguna forma.

Tenía amigas con las que vivía de fiesta en fiesta toda la semana. En esas fiestas empecé a conocer hombres que trabajaban en el narcotráfico y empezó mi adicción por la marihuana. Tenía una serie de atributos muy llamativos. De una belleza exótica, era pelirroja y muy bien formada, con buenos senos y buena cadera. Me convertí en un foco de atención para los mafiosos.

Me empecé a involucrar sentimentalmente con ellos. Me atraían por su poder, los lujos, la fiesta. Muchas veces mandaban a recogerme a mi casa en carros BMW o en Mercedes. Me invitaban a los mejores restaurantes de Medellín, a las zonas más lujosas.

Yo frecuentaba las discotecas más prestigiosas de la ciudad, las llamadas narcodiscotecas. Una de ellas era Kevin's, cuyo dueño fue asesinado hace pocos años, le llamaban "pelusa", un poderoso de Medellín muy cercano a los Ochoa, amigo de Pablo Escobar y su primo Gustavo. Kevin's todavía existe, aunque con otro nombre. Otra discoteca era Aquarius, propiedad de Rodolfo Ospina Baraya, le decían "el chapulín". Es un millonario, conocido por ser nieto del expresidente

conservador Mariano Ospina Pérez, el que era presidente cuando mataron a Gaitán. La oveja negra de la familia.

También mantenía en Don Mateus y Élite. Allá llegaban todos los superpoderosos, todo el Cartel de Medellín. Llegué a ver modelos y famosos, como a Natalia París con el novio de ella en aquel entonces, también a los jugadores del Atlético Nacional. Allá íbamos las niñas que teníamos interés por los mafiosos. Yo iba con mis amigas o con el novio que tuviera. Era muy interesante, cómo vos de 14 años salías con alguien que podía montarte en un helicóptero, llevarte al mar, viajar en aviones privados, o esa sensación de bajarte de un ascensor para entrar a un apartamento bien hermoso.

Al tiempo, me hice muy amiga de una muchacha llamada Sandra Ramírez. Era una mamasita. Me acuerdo que ganó el primer concurso de camisetas mojadas que hubo acá en Medellín, que lo hicieron en Kevin's. Las modelos salían con tanga y una camiseta blanca mojada, les echaban el agua encima y la que tuviera los senos más lindos ganaba. En esa época todavía era la belleza natural, no se veían las ensiliconadas. Sandra salió en la Revista Cromos, posando con un trapo blanco que la cubría. Eso fue casi en los noventas.

Yo mantenía con Sandra. Nos metíamos unas rumbas geniales. Aunque nunca fui alcohólica, el trago no me gustó. Yo tomaba vodquita con juguito de naranja, pero eran como dos vasitos en toda la noche. Cuando un amigo había coronado una vuelta el trago era para todo el mundo y del más caro que hubiera. Dom Pérignon,

Old Parr, Champaña Cristal, Ballantines, Sello negro. El trago dependía del golpe que hubieran metido. Se veía el voleo de droga pero en los baños. A mí no me gustaba la cocaína, la veía mucho pero no me gustaba. Solo fumaba marihuana.

Me acuerdo que un día andaba de fiesta con mero combo. Estábamos en Aquarius que quedaba por Palmas, pero bajamos hasta Don Mateus a ver cómo estaba. No había nadie allá, entonces nos devolvimos para Aquarius. Pero apenas nos habíamos bajado del carro cuando estalló una balacera en la puerta de la discoteca. Llegaron a matar a un man. Nos tocó ver cómo cayó el tipo, fue como de película porque vimos y sentimos cada impacto de cada bala que le dio. Una tras otra, tas, tas, tas...

Todo el mundo salió corriendo para afuera, y yo para adentro, porque recordé que había dejado uno de los tesoros más grandes de mi vida, mi hermanita que esa noche andaba conmigo. Todo mundo corriendo con ese pánico, y yo entré y vi a mi hermanita sentada en la barra tomándose un trago como si no pasara nada.

Mis encuentros con Pablo Escobar

Hay nombres que no se pueden decir en Medellín. Hay personas que fueron iguales o más poderosas que Pablo, pero nunca salieron a la luz pública. Ellos respaldaron presidentes, controlaron el poder, fueron los más importantes. Muchas personas lo saben pero no lo dice, porque lo que a uno lo mantiene vivo es el silencio y la discreción que pueda manejar. A ellos es mejor dejarlos quietecitos en el anonimato, pero del que sí puedo hablar es de Pablo.

Yo no olvido a Pablo Escobar. El día que lo conocí ni siquiera me lo esperaba. Fue en 1986, tenía 15 años. Una amiga mía, que vivía a tres cuadras de mi casa, me pidió que fuera con ella a una finca. Debía llevar unas muchachas donde unos mafiosos, y quería que la acompañara, según ella, para tener con quién devolverse en el carro. Ella era la que le llevaba todas las mujeres a los del Cartel de Medellín, le llamaban la “Viuda Negra”, mucho después se volvió famosa.

La finca era la hacienda ganadera San Esteban de Ovejas, propiedad de Jorge Luis y Fabio Ochoa. Quedaba por San Pedro. Inmediatamente llegamos, yo reconocí a los que estaban. Carlos Lehder, ‘el mexicano’, Pablo Escobar, y varios de los Ochoa.

Había muchos hombres, estaban bebiendo. Yo veía que ni Pablo ni Lehder tomaban trago, los otros sí. Hubo un momento en que todos se encerraron en una pieza con las chicas, querían ver un show de lesbianismo. Las muchachas estaban en una cama que tenía una plataforma que la hacía girar. A los lados había una sala donde se sentaban a mirar. Cuando el show empezó, Pablo se me acercó y me dijo que me saliera, y todo el tiempo me mantuvo a su lado. Fue mi noche con Pablo Escobar.

Muy de noche me dijo que me iba a mostrar algo. Caminé con él hasta una caballeriza y me mostró un caballo hermoso. Me dijo que era el caballo con el que grabaron el primer comercial de la marca de cigarrillos Malboro. Un moro blanco, ya

muy viejo pero muy hermoso, que era de don Fabio. Todavía estaba vivo don Fabio Ochoa, el papá de todos ellos.

Pablo era amable, divertido, tranquilo, generoso. Era modesto para vestir, se ponía bluyines, camisas, y siempre era con el pelito peinado de ladito. La forma del pelito de él era como en ondulitas, y no se ponía joyas. Esa vez en la finca tenía un reloj muy bonito. “Qué reloj más lindo”, le dije. “¿Te gusta?”, me respondió. “Sí, está hermoso”. Él pensó que yo quería el reloj. “No te lo voy a regalar porque prefiero regalarte plata. ¿Para qué te voy a dar un reloj?”, dijo. Y esa noche me regaló plata.

Recuerdo que le dije que no entendía que estuviera tan tranquilo si era un hombre tan poderoso, que ni mis amigas ni nadie me iba a creer que estuviera con él. Él se reía de eso. “¿Quiere ver algo?”, me preguntó. Luego dio una orden: “Muchachos, prendan la linterna”. En ese instante los alrededores de la finca se llenaron de cocuyos, lucecitas por todos lados, unas cercanas y otras lejanas. Cada lucecita era uno de sus guardaespaldas. No se veían sino cocuyos regados en toda la montaña. También me mostró sus zapatos. Eran unos tenis normales, pero le jalaba una pestañita de adelante de la suela y quedaba en taches, como los zapatos de un alpinista o un escalador. Él mismo me lo mostró. Eran unos zapatos que usaba cuando se tenía que volar. “Si a mí me llaman a decirme que hay un operativo, que ya no puedo salir por carretera, yo salgo por la montaña y esto me sirve”, me dijo.

Él estuvo toda la noche conmigo. Yo volví a mi casa al otro día. Unos días después mandó por mí hasta la puerta de mi casa. Fue a recogerme Luis Carlos Aguilar, “el mugre”, un asesino del Cartel que estuvo con Pablo en La Catedral.

“El mugre” andaba en un Renault 18 dos litros. Me recogió y me llevó a un sitio en Envigado a ver a Pablo. íbamos con una amiguita mía. Ese día no pasó nada, solo estuvimos un rato con él, con sus hombres, y con una noviecita que lo acompañaba. Como mi amiga y yo éramos malas para beber, y Pablo tampoco lo hacía, solo tomábamos gaseosa y fumábamos marihuana. Unos días después nos volvió a llamar para que yo subiera con mi amiguita, solo que esta vez no sería solo para acompañarlo. Me pidió que tuviera sexo con ella delante de él, dijo que si lo hacía me regalaba lo que yo quisiera. Yo le dije sinceramente que no era capaz, y no hubo ningún problema, él nos mandó para la casa después de que cenamos.

Luego tuve la oportunidad de encontrármelo, por última vez, en la Hacienda Nápoles. Era 1989. Yo fui con un novio que tenía en ese momento que trabajaba en las cocinas de coca que había entre San Luis y Cocorná. Mi novio era un cocinero de Miki Ramírez, un narco que trabajaba con Pablo hasta que delató a todo el Cartel en la Fiscalía, después se puso a exportar droga cuando Pablo murió.

Yo llegué con mi novio. En Nápoles había una sección en la que solo se podía entrar con autorización. Cuando tú entrabas por ahí, veías a lado y lado jaulas con aves de todos los lugares del mundo, un trayecto largo de puras aves exóticas. Nos

atendieron ahí mismo, yo estaba acompañando a mi novio, y en ese momento llegó él. Me reconoció y yo lo saludé, pero eso fue todo.

Zapaticos nuevos

A mediados de los noventa quedé embarazada de un novio que tenía. Yo me hice cargo del niño, mi novio se desentendió. Por aquellos años se vivió una transición. Del mundo del narcotráfico nació el mundo de las bandas que hoy están en la ciudad, pero estas bandas fueron cooptadas por el paramilitarismo.

Carlos Castaño mandó a recoger a todos los duros de las bandas y se encontró con ellos en Urabá. Los manes viajaron en un bus hasta la finca de él. Castaño les dijo que se iba a tomar la ciudad de Medellín, que los combos que no se adhirieran a las autodefensas, estarían en contra de él y serían combatidos. También les dio la orden a estos jefes de que en los barrios no se volviera a vender ni anfetaminas ni metanfetaminas, rivotril, pepas, nada de eso. Ese tipo de cosas tenían que desaparecer de los barrios. La coca, el basuco y la marihuana no. Además, desde esa reunión, algunos duros quedaron dentro de la nómina de las autodefensas, hasta las daban un sueldo. Eso fue en el año 98. Tiempo después la cooptación de las autodefensas a las bandas se intensificó para combatir al Bloque Metro¹.

¹ El Bloque Metro, comandado por “doblecero”, había llegado a la ciudad para combatir a las milicias guerrilleras. Luego se formó el Bloque Cacique Nutibara, comandado por Diego Fernando Murillo, alias “Don Berna”. Estos bloques se enfrentaron debido a que el BM no aceptaba la participación de narcotraficantes en las autodefensas y el BCN había

Yo me enteré de todo eso porque me tocó hacer parte de la incursión de los paras en la ciudad. Yo tenía el niño y estaba saliéndome del mundo del narcotráfico, ya era una mujer más grande y madura, pero me enamoré de alguien que me metió ahí.

Poco antes del 2000 fui a la Cárcel de Itagüí. Quería ver a un viejo amor del Cartel de Medellín que habían trasladado de la Picota. A los que eran del Cartel los trataban distinto, tenían más visitas y beneficios que un prisionero común. Yo fui a ver a mi amigo del Cartel y en medio de la visita me presentó a Arjadis. De él fue que me enamoré.

Había sido jefe de todos los combos de Aranjuez y llevaba unos años en la cárcel. Recuerdo muy bien su historia. Me contó que desde muy niño se metió a las bandas. Tenía muchos hermanos y eran muy pobres, vivían en una casa de tablas. Se puso a trabajar como carrito en el combo del barrio para tener algunos pesos y ayudar en la casa. La mayoría de los niños en los barrios empiezan de carritos. En su casa si mucho había un plato de frijoles al día. Los primeros zapaticos nuevos que él tuvo se los compró a los 11 años con la plata que le daban en el combo. Fue algo significativo, porque hasta entonces no había tenido ni ropa ni zapatos nuevos, todo había sido regalado. Decía que solamente había un televisor en la cuadra y que todos se sentaban afuera en la calle a ver televisión por una ventanita.

sido formado por exmiembros del cartel (incluyendo a Don Berna). Al final, el Cacique Nutibara, con ayuda del Bloque Central Bolívar, acabó con el Bloque Metro.

Me enamoró su inteligencia. Había creado desde la cárcel una corporación para brindar alternativas de trabajo a los muchachos de las bandas, los que estaban al borde de caer en ellas y para los que acababan de salir de la cárcel. Con el tiempo se llamó Corporación Vecinos y Amigos de Aranjuez.

Él empezó a diseñar el proyecto y lo sacó adelante con varios líderes comunitarios. Cuando Carlos Castaño los buscó, se dio cuenta que Arjadis, más que un líder militar era un líder social que quería un beneficio para su barrio, lo cual era muy útil para una futura negociación con el Gobierno. También era del ala militar, pero no quería que los jóvenes vivieran su mismo pasado.

Él salió de la cárcel, me presentó el proyecto de Aranjuez, y yo quedé encantada. Me parecía muy interesante y me metí a trabajar con él en la Corporación. Había muchas tareas por hacer. Buscábamos trabajo para los muchachos en la Alcaldía y en Empresas Varias. También nos tocó apoyar a Moravia la primera vez que se quemó. Limpiábamos las cañadas de Santa Cruz. Los muchachos prestaban los servicios de podaje, cuidaban los vehículos que parqueaban de noche, desyerbaban y se ganaban la vida con los antejardines.

Pero mi labor en la Corporación me trajo consecuencias. Yo terminé haciendo parte del ala social y política de los paramilitares de la ciudad, porque los muchachos o eran o habían sido parte de las bandas que conformaban el Bloque Cacique Nutibara. La Corporación terminó sirviendo como plataforma para la desmovilización de los muchachos de los combos. Yo no viví amedrentamientos ni

amenazas ni violencia en esos años, pero hacía parte de los paramilitares. Desde la reunión con Castaño en Urabá, los muchachos tenían un nuevo jefe a quien responder.

Arjadis se convirtió en un líder muy importante. Le mantenían poniendo quejas de los combos de la comuna. “Sus muchachos están muy locos, hicieron tal cosa”, le decían. Entonces él iba donde los combos. Él era el que daba la cara. Y fue el que organizó esa comuna para la desmovilización.

Se hacían bazares, recolectas de ropa, sancochos colectivos, se integraba a los niños en entornos deportivos y culturales. Eso iba atrayendo a la comunidad. La idea era que al momento de la desmovilización, la gente viera a los muchachos como algo positivo para su sector. Era una tarea necesaria, porque ellos habían causado daño en los barrios. Además había que moverse porque se acercaban las elecciones y la idea era montar a las parapolíticas. A nosotros nos pusieron a trabajar, por orden directa de los jefes, inscribiendo cédulas y recogiendo gente que votara por Rocío Arias, fue por nosotros que ella llegó al Congreso.

Luego se dio la desmovilización. En ese momento todo era especulación. Al Cacique Nutibara lo cogieron de ratón de experimentación para mirar cómo iba a ser la negociación y cuánto tiempo iban a durar los desmovilizados en la cárcel. El Cacique no tenía el número de personas que había prometido entregar, y empezaron a recoger gente de todas las bandas y combos. Había mucha gente que no era combatiente. Después del Cacique Nutibara, siguió la desmovilización de los

grandes bloques paramilitares, los verdaderos combatientes de las autodefensas en armas y en ideología.

Muchos muchachos no se fueron con el Cacique, sino con el bloque Héroes de Granada, que también iba con combatientes de Medellín. Luego fue la última desmovilización colectiva de las autodefensas, la del Bloque Central Bolívar en el 2005, en Remedios, Antioquia. Yo me desmovilicé con ellos, mis compañeros de la Corporación me convencieron de que lo hiciera.

Por aquellos años Arjadis se desapareció. Se tuvo que ir porque tenía muchos enemigos que le pusieron precio a su cabeza. Yo escuché que fue alias Riñón. Arjadis estaba estudiando trabajo social en la UPB con una beca que se ganó, y como fue el mejor de la Facultad lo mandaron a hacer una pasantía a Chile. Cuando terminó la pasantía regresó, pero al tiempo nadie volvió a saber nada de él.

Empezaron a hacer murmuraciones, que estaba inválido, que lo habían cogido y le habían pegado tiros. Dijeron que valía 30 millones de pesos. Se volvió un mito. A él todavía lo están esperando por aquí con una bala. Siempre hay enemigos dentro del mismo grupo, porque la paz no da plata, la guerra sí, y él se la jugó por la paz.

“Las motosierras...”

A mí me había dejado de gustar Arjadis. Por ese entonces tuve un hijo con otro hombre que era primo de un comandante paramilitar de Amalfi, pero a él prefiero dejarlo como un fantasma en esta historia.

Haberme desmovilizado fue haberme condenado a mí misma. El hecho de no haber sido una combatiente de armas o uniforme, ni de haber creído en un ideal, me pone en una situación distinta a la de los demás excombatientes. Cuando me desmovilicé observé una gran cantidad de hombres que venían de la guerra, enseñados a combatir a la guerrilla. Yo nunca le disparé a un guerrillero. Aunque era consciente que pertenecer a esa Corporación me vinculaba de alguna manera con los paramilitares.

Luego de vivir ese proceso, y de evaluar de alguna manera todas las experiencias por las que había pasado, decidí buscar un nuevo rumbo, entonces empecé a estudiar comunicación y relaciones corporativas en la Universidad de Medellín con una beca, e hice algunas técnicas en administración y finanzas.

Una vez fui al Museo de Antioquia. Había una exposición sobre los desaparecidos de la guerra, sobre las masacres que hicieron las autodefensas con las motosierras, eran unas imágenes muy fuertes. Debía hacer un trabajo en la universidad sobre la exposición. Me di cuenta lo que simbolizaba ser de las autodefensas, y comprendí que aunque yo no había cogido una motosierra, simbólicamente la iba a coger para toda mi vida.

Todavía vivo con mi abuela, la persona que me crió. También con mis hijos. Uno de ellos, el mayor, pronto va terminar su carrera de derecho. En estos días me fui para Bogotá. Viajé con unos amigos a participar en la Asamblea Fundacional de la Colombia Humana, el partido de Gustavo Petro. Hace ya un tiempo que milito en

ese partido, porque un amigo mío me invitó a uno de los nodos que hay en Medellín y a mí me encantó. Me gusta porque creo en el progresismo, en la libertad, en la educación. A la asamblea me fui con mis amigos y mi pipa de fumar marihuana. Ese vicio lo adquirí de jovencita, en las fiestas con los narcos, pero nunca lo pude dejar, y nunca lo dejaré porque me encanta. Nada más delicioso que estar en la Plaza de Bolívar, en el corazón del país, y sacar la pipa para fumar con todos esos policías mirando, rodeada de gente, y fumando feliz.

Cogí mi camino

Yo nací en un municipio que se llama el Carmen del Chucurí, ahora Carmen de Santander, en la vereda La Peña. Mi papá tenía una finca de 133 hectáreas. Cuando mi mamá me iba a dar a luz la casa se cayó, el comején se comió los horcones, y yo resulté naciendo en el corralito de los terneros un lunes, a las 5:30 de la tarde del 27 de agosto de 1984. Tengo 10 hermanos más, yo soy la antepenúltima.

Cuando tenía cinco años había mucha guerra. La finca tenía mucha montaña y la guerrilla montaba campamentos ahí. Siempre había balaceras. Yo escuchaba las balas zumbando entre las hojas de plátano. Con el fin de acabar eso mi papá tumbó ese pedazo de montaña, pero llegaron a la casa y nos amenazaron. En ese entonces empecé a tener mucho miedo porque la casa era de tablas, y uno miraba por las rendijas cuando llegaban. Por ahí siempre pasaba la guerrilla, el ejército la perseguía, y cuando empezaron a llegar los paramilitares, que en ese tiempo se llamaban grupos MAS², también pasaron por ahí.

² El MAS (Muerte A Secuestradores) fue un grupo paramilitar financiado por narcotraficantes. Se considera el germen del fenómeno paramilitar a gran escala. Su objetivo era responder a las acciones de las guerrillas contra los ganaderos, terratenientes y narcotraficantes, atacando a secuestradores y personas relacionadas con la guerrilla,

Cuando alguno de ellos llegaba a la casa mi mamá los insultaba, alistaba la escopeta y todo. “Yo no les vendo ni una panela ni una gallina, si quieren róbensela pero yo no les vendo”. Para ella eran una plaga. Mi papá era muy neutral, cuando llegaban les decía: “Ustedes tienen las armas, ¿uno qué puede hacer frente a eso?”. Una vez un comandante de los paramilitares, que le decían Parra, cogió del cuello a mi mamá cuando ella los empezó a insultar y le dijo que la iba a matar. Nosotros le pegábamos, y nos aferramos a sus piernas. Ya cuando nos vio llorando la soltó: “Sabe qué, vieja hijueputa ¡váyase para adentro!”.

En 1989 empezaron a matar mucha gente, supuestamente porque eran colaboradores de la guerrilla y después que porque se habían volteado para los paracos. Nosotros hablábamos pasito en las casas, aunque no había nadie, porque uno no sabía si por ahí en una gotera o en el rastrojo había alguien escuchando. A pesar de que yo nunca vi un muerto, había un pájaro al que le decían “el tres tres”, porque cantaba tres veces, y siempre que lo escuchábamos al otro día llegaba el vecino susurrando: “Imagínese que mataron a fulano”. Mi papá muchas veces fue a ayudar a sacar esos muertos, porque cuando eso los montaban en hamaca o los amarraban a dos palos para cargarlos.

Mi papá decidió irse un sábado de 1990, cuando las de la iglesia adventista llegaron con la noticia de que habían matado a un señor que vivía cerquita. Luis Alarcón,

pero también inocentes. El MAS participó en el genocidio de la Unión Patriótica. Con el recrudecimiento del conflicto este grupo comenzó a expandirse por otras zonas del país como el Magdalena medio.

todos lo queríamos. Empacamos ropa en sacos amarillos de fibra y nos desplazamos para Bucaramanga. Llegamos a la casa de una hermana de mi papá. Era como un inquilinato, le decían la casa 14. Allá fue donde conocimos la televisión porque en la finca no había luz. Pero era muy difícil, en la finca uno llegaba y se podía comer un huevo, pero donde mi tía se racionaba todo. Después de un año mi mamá se cansó y decidió: “Así nos maten, nos devolvemos”.

Cuando volvimos, la finca se había acabado, estaba en puro rastrojo. Nunca pudimos recuperar todo lo que perdimos al tener que irnos. Mi papá, antes de que nos desplazaran, sacaba él solito un camionado de plátano, sembraba yuca, sacaba madera, tenía pastizales y recibía ganado al aumento. Mantener 10 hijos en el campo es muy difícil, mi papá decía que había noches en las que se acostaba pensando en las deudas que tenía, pagaba vacunas, las cosechas no eran iguales, las vías de acceso estaban muy dañadas o no dejaban pasar los camiones.

Con los años solo quedaron los paramilitares, y como no había estaciones de policía ellos controlaban el orden público, por eso mi mamá no nos dejaba ni salir. Por lo general yo me despertaba a las 3:00 de la mañana, hacía el desayuno, dejaba hecho el almuerzo y me iba a estudiar. Como la escuela quedaba a 40 minutos caminando, nos íbamos descalzos para cuidar los zapatos. Cuando salía de estudiar y llegaba a la casa encerraba los terneros y hacía la comida. Yo ordeñaba, rayaba leña con el hacha y la recogía con Jimmy, mi hermano. Escuela y trabajo, eso era lo que uno vivía.

Nosotros éramos más bien una familia humilde, yo siempre andaba en pantaloneta porque la ropa era regalada. Aunque mi papá nos compraba así fueran de esas chancletas cafés o boticas, yo andaba descalza. Mi mamá dice que por eso me quedó el pie grande. Yo vine a colocarme el primer jean en mi vida cuando tenía como 13 años, me lo regaló mi mamá con un buso de Mickey Mouse negro. ¡Eso fue lo máximo! porque nunca me había colocado un jean.

Dos tragos y perdí la conciencia

Mis hermanos se fueron yendo, conocieron la religión adventista y consiguieron pareja. Mis papás peleaban mucho, mi mamá cada seis meses dejaba a mi papá y se trasteaba con nosotros a un ranchito por allá a la orilla de la carretera y por allá iba él, otra vez la conquistaba, volvían y otra vez era pelea. Con tanta cosa, mi hermano Luzbén me propuso montar una panadería porque él había aprendido a hacer pan integral con los adventistas.

Yo vendí una res, compramos un horno de dos laticas y me fui a Yarima, a una hora de El Carmen de Chucurí, donde mi hermano Ener a vender pan. Tenía 15 años. El primer día vendí puerta a puerta y como nunca había salido de la casa yo estaba toda achantada, pero ese día me fue bien, me vendí 200 mil pesos y me animé. Cada ocho días iba a Yarima, hacíamos pan, pizza integral, caramelos de ajonjolí y el domingo se vendía. Yo me andaba todo el pueblo y ahí comencé a hablar con paramilitares, yo le vendía al que fuera.

En ese tiempo conocí una china y cuando Luzbén se cansó del negocio y me dejó botada con el horno yo empecé a relacionarme bastante con ella. Era casi de mi edad, tenía 16, y a diferencia de mí iba al colegio. Era la primera vez en mi vida que yo tenía una amiga. Ella me invitaba a jugar fútbol y a la cancha llegaba el ejército. Ella se hablaba con los militares. Con el tiempo fue novia de un paramilitar y empezó a presentármelos: Camilo, Jhonatan, Julio. Ellos andaban armados y de civil. Uno empieza a familiarizarse, a mirarlos de otra manera, más la persona que lo que hacen.

Una vez ella me llevó a una discoteca. Ahí empecé a consumir alcohol y después terminé relacionándome con personas que robaban gasolina. Mi hermano Ener un día me dijo que dejara de estar jodiendo por allá, yo le respondí: “¡Cuáles! eso son mentiras”. Es que salir uno del campo a vivir esas cosas le parece como tan chévere. Con el tiempo un muchacho paramilitar empezó a pretenderme. Me parecía simpático, pero me daba miedo, no por el tema de que fuera paramilitar.

Su alias era Camilo. Nos dábamos picos y eso, nos veíamos en el parque o en la cancha. Pasó el tiempo rápido, yo ya cumplí los 16 años y él empezó a insistirme que fuera a su casa. “Cuándo va a ir a donde yo vivo, mire cuánto tiempo llevamos y usted nada de nada”, me decía, pero yo no quería. Como me crié en el campo, tenía que llegar virgen al matrimonio. No sabía siquiera que existían los preservativos, ni las pastillas, nada, y pensaba de una vez en un embarazo. Siempre me presionaba. “Mire usted cómo es, va tocar que terminemos”. Hasta que un día

me cansé. “Bueno, entonces terminemos”. Yo no quise acceder y empezó a hacerme malacara.

En ese tiempo empezaron a decir que cuando llegaban los militares al pueblo, a los paramilitares les tocaba esconderse: guardar el armamento, las pistolas, los radios y quedarse por ahí de civil, aunque el ejército sabía quiénes eran. Un día llegó un soldado al que le decían el Tigre, el Jaguar o algo así, y él iba para la casa donde vivían Camilo y otros paramilitares. “Imagínese que esta noche va a ir ese soldado, vamos a tomarnos unos aguardientes”, me dijo mi amiga. “¡Vamos, vamos! Mire que Camilo quiere hablar con usted. Hablen a ver qué pasa”.

Yo sentí que me engañaron. Camilo estaba allá. Yo no hablaba con él desde que terminamos. Me acuerdo que había música, como bulla, no sé, yo me senté en una silla, o una hamaca, había colchonetas en el piso y él estaba ahí. Llegué, me tomé como dos tragos y perdí la conciencia. Al otro día me desperté como loca porque no tenía ropa, yo me sentía... ni supe que estaba en esa casa. Eran como las 5:30 de la mañana y formé un escándalo, salí corriendo para la cocina y cogí un cuchillo, él me cogió fuerte la mano y me pegó una cachetada. Me amenazó. Yo me vestí rápido y me sacó a empujones de esa casa, corrí y me fui para donde mi hermano. Para mí, y hasta donde alcancé a escuchar, fue que él le ofreció plata a mi supuesta amiga para que me llevara.

Lloré como ocho días, casi no comía. “Pero ¿usted qué tiene, qué le pasa?”, me preguntaban mi hermano Ener y mi cuñada. Yo nunca les dije. Primero, me daba

miedo de Camilo y segundo, por Ener, tenía miedo de que me reprochara porque él me había advertido y me asustaba que fuera a hacer algo. O de pronto no hubiese hecho nada porque nosotros éramos muy despegados, mis hermanos y yo siempre hemos sido muy desunidos.

Cuando volví a salir a la calle me lo encontraba, él pasaba en una moto y se burlaba de mí. Yo empecé a trabajar en un negocio donde vendían pernil frito, siempre lo veía y me decía cosas. “Usted es muy rica”. Fuera de eso otros paramilitares que andaban con él sabían, y me decían que él les había contado cómo me lo había hecho. Yo trataba de ignorarlo. Me decía: “No pasó nada”. Trataba de evadirlo, como que no me dolía, como que eso no era importante.

Mi hermano Luzbén me envió una carta desde El Guamo, en el Bajo Simacota. Me decía que le estaba yendo bien trabajando en una panadería de los paramilitares y que me fuera para allá, que él me iba a ayudar. A mí se me empezó a meter en la cabeza que me tenía que ir. Antes de irme me encontré a Camilo cerquita de un billar y le dije: “Yo me voy para donde los paracos”. “Usted no es capaz de hacer esas cosas”, me respondió. A los tres días de recibir la carta de mi hermano me fui.

Leidy

Yo llegué más o menos como a las tres de la tarde y vi un poco de personas con armamento. Mi hermano me dijo: “Ya me enteré de lo que a usted le pasó, yo la voy a ayudar, a ese perro lo vamos a matar. Pero usted aquí no se puede llamar Deisy, usted de hoy en adelante se va a llamar Leidy”. Esa misma noche presté guardia y

ahí empecé. Trabajaba en la panadería limpiando latas y de vez en cuando me enseñaban sobre armas. Estaba con mi hermano todo el tiempo, de cierta forma sentía que me protegía, aunque no era así porque no debió llevarme allá.

En ese pueblo estaba el frente Isidro Carreño, del comandante Nicolás. El frente nació en una vereda de Santa Helena del Opón, en San Juan Bosco Laverde. En los 80 el ejército entrenó a unos campesinos de la vereda para hacer un grupo de autodefensas, y ahí estaba ese señor Nicolás. El frente terminó llamándose así por el inspector de policía que los lideró en ese tiempo, Isidro Carreño. Por lo mismo nos decían los Juan Boscunos, allá nació todo.

En El Guamo había un barrio donde solo vivían paramilitares, solo tres casitas eran de civiles, de resto eran de los comandantes y los escoltas con sus mujeres. Supuestamente nosotros en la panadería éramos civiles que prestábamos guardia, sí, supuestamente una niña de 16 años que prestaba guardia. Llegó un día en que dijeron que me iban a trasladar, al principio me dio miedo separarme de Luzbén, yo sentía que él me protegía. Lloré el día que me fui, pero él era como todo loco, todo chifloreto, porque para él pertenecer a los paracos era lo máximo, sentía que tenía poder, yo no pensaba en esas cosas y aún hoy día tampoco.

A mí me empezaron a trasladar por pueblos, estuve en Landázuri, La Paz, en Santa Helena del Opón, y no me di cuenta a qué hora resulté como un paramilitar más. Yo era fuerte en el área de las comunicaciones, el tema de los radios, de llevar mensajes. Por lo general nunca sabía qué se decían porque ellos trabajaban por

cartas de guerra, se hablaban por códigos. Yo le pasaba el código a los que tuvieran frecuencia por esos radios que llegaran a mi repetidora y ellos lo seguían pasando hasta el destino.

A veces nos salían militares a decirnos: “Los tenemos ubicados”, hasta la guerrilla nos decía cosas por la radio. Por ese entonces Camilo empezó a aparecer otra vez. Me mandaba saludos, que cuándo iba a ir, que cómo estaba por la radio principal, y el muchacho de la repetidora me pasaba los mensajes, empezaba molestarme y a recochar porque no sabía lo que había pasado. A mí me dolía mucho. Un sábado, cogí el arma que tenía y era tanta la tormenta que yo llevaba que me la alcancé a poner en la cabeza, no sé, yo digo que la pistola tenía seguro o no disparó, me arrepentí, fueron muchas cosas en ese momento y no me maté.

En ese momento yo vivía en un pueblito que se llama el Alto Jordán, por la vía a Vélez, y allí trabajaba como urbana. Con el tiempo pensé que no lo iba a matar, aunque no quería que le hiciera lo mismo a otras niñas. Luego me enteré de que se había estrellado en una moto contra un barranco y ahí se mató. Quizá esas son cosas de Dios.

Había veces que yo me aburría con la rutina y la incoherencia. Yo siempre pensé que esos ideales con los que se habían creado los paramilitares se habían perdido, igual que los de la guerrilla. Me molestaban mucho esas ferias que hacían en los pueblos pobres. Para mí se rifaban las niñas, chinas de 15 años, reclutadas por otras mujeres o que la propia mamá se las ofrecía al comandante. Hacían reinados

y ganaba la que más plata tuviera, había reinas a las que un comandante les ponía 15 o 20 millones. Habiendo sufrido lo que me hizo Camilo, para mí no estaba bien el hecho de que trajeran a las niñas y se las pasaran como si fueran un trofeo.

Mi hermano en cambio se metió en un problema grande. Le dijo a un comandante que le diera 10 millones para conseguirle unas armas. Luzbén se fue para Bucaramanga y se enredó con unos malandros, como que se metió con la mujer de uno de ellos. Regresó donde el comandante con un tiro en una pierna, sin ninguna arma y sin plata porque se la derrochó toda. A él todo se le hacía fácil. No lo mataron porque mi mamá se enteró y fue a rogarle al comandante. Cuando me encontré a ese comandante en Santa Helena del Opón me dijo: “Ese hijueputa de su hermano, agradezca que no lo pelé porque la vieja de su mamá fue, habló por él y allá lloró, si no, hubiese matado al panadero ese”.

Ahí me di cuenta de que estaba en la guerra

Un año después, en el 2001, yo seguía en Alto Jordán y allá había un comandante que se encargaba de gestionar provisiones para el ejército y abastecerlos cuando pasaban por el corregimiento. Él era casado, pero se ennovió en secreto con la hija de un concejal. El día en que la mujer lo descubrió supo hasta el concejal ese que la hija se había metido con un comandante casado y que la habían engañado. Después la china empezó a coquetearle a un soldado de apellido León y el comandante se dio cuenta. Ellos salieron una noche, se emborracharon, se dieron

puños. El comandante lo iba a matar, pero al muchacho lo ayudaron por allá unos mecánicos. A ese comandante lo bajaron y me dejaron a mí ahí por esos días.

El teniente del ejército que mandaba en la zona llegó y dijo que no quería saber nada más de paramilitares, que a partir de ese día era la guerra declarada. Y así donde llegaba yo y estaba el ejército me mandaban a requisar, ya tocaba andar sin arma por eso. Hasta que un día agarraron a un chino, de los cinco que andaban conmigo, y estaba armado. Cuando vimos los militares él se escondió en unos matorrales por una zona verde y yo me fui. A lo lejos, cerca de donde él estaba, vi que había dos soldados haciéndome señas: “Váyase, váyase”. Yo me metí a un restaurante y los seguí mirando: “Váyase, váyase”, me decían, cuando escuché una balacera, tantos tiros...yo saqué la cabeza por la ventana y vi cómo las balas rozaban en el pasto. Habían matado al muchacho. Desde ese día empezaron a perseguirnos.

La muerte del finadito Luna me dolió, pero no tanto como la del Guajiro. Él era mi amigo, hasta me había echado los perros. El Guajiro se peleó borracho con un comandante. Él le decía al comandante: “Déjeme ir, yo no quiero estar más aquí, ya estoy cansado”, pero el comandante, por hacerse sentir, no lo dejó. Lo puso a darle 300 vueltas al kiosko de El Guamo. Imposible. Me dijeron que no pudo. Como él era blanco lo amarraron y lo dejaron en el sol a que se pusiera rojo y se quemara. Una señora le llevó agua, pero él ya sabía que no lo dejaban vivo. Esa noche el comandante mandó a los escoltas a matarlo. A los días todos esos escoltas se

empezaron a salir, se volaron, pidieron la baja, porque les dolió mucho, a todos nos dolió. Ahí me di cuenta de que estaba en la guerra.

Yo no llegué a matar ni a presenciar directamente la muerte de alguien, tampoco los muchachos que estaban conmigo. En ese momento me pagaban como 250 mil o 300 mil pesos, ¡y claro!, como me crie en el campo y nunca había visto plata, para mí eso era un poco de plata, aunque si yo lo miro hoy día no era nada para lo que es arriesgar la vida e intimidar a la gente.

¡Corra!

El domingo 26 de octubre del 2003, día de las elecciones para gobernaciones y alcaldías, Hugo Aguilar Naranjo³ quedó de gobernado en Santander. El comandante Nicolás le prestó seguridad para que hiciera campaña en nuestro territorio. Ese mismo domingo nos regamos por la región y un niño que trabajaba conmigo salió por ahí a hablar en un pueblo que no conocía, se puso seguramente a conversar con un soldado y lo cogieron. Nunca lo lastimaron porque en ese tiempo era menor de edad, y eso de los derechos humanos era más delicado, pero el chino dijo dónde teníamos las armas y quiénes éramos.

A las 5:30 de la mañana del lunes 27 de octubre, me desperté con la trompetilla de un fusil en la cabeza. Yo estaba con dos muchachas, una de ellas menor de edad, y un muchacho. El ejército nos acostó en la tierra, nos hacían tiros en los oídos, nos pisaban, para que corriéramos, pero eso era para matarnos. “¡Corran!”, nos

³ Hugo Heliodoro Aguilar Naranjo fue condenado por parapolítica en 2011.

gritaban. Después llegaron unas personas civiles y les gritaron a los soldados: “Sabemos que ellos están vivos, no los maltraten”. El ejército nos mandó para Landázuri. Allá me interrogó el capitán Cadena, él me puso ese día a aguantar hambre, me trataba mal, pero no quise hablar, yo sabía que para eso existían los derechos humanos, y hasta que yo no tuviera un abogado él no podía obligarme a hablar. Por eso mandó a quitar la colchoneta de la cama y esa noche me tocó aguantar frío y dormir en esas tablas porque el capitán quería resultados.

Tras eso me trasladaron a la estación de policía de Vélez, donde estuve ocho días en el calabozo. De ahí me llevaron para la cárcel de Bucaramanga y posteriormente, a mis 19 años, me condenaron. Me imputaron concierto para delinquir, porte ilegal de armas, y un poco de cosas que el ejército inventó. Nos mandaron unos abogados, que igual que muchos políticos, vivían como sanguijuelas de los paramilitares. Los comandantes vacunaban, mataban, robaban gasolina, cultivaban coca para pagarles porque supuestamente nos defendían, pero en realidad no servían para nada. Lo único que hacían era pedir plata y luego nos decían que nos declararíamos culpables o ni iban a las audiencias. Yo acepté cargos y de seis años la pena me quedó en cuatro y medio, pero como uno podía pagar en ese tiempo con las dos quintas partes, quedó de dos años y medio.

A la muchacha menor de edad la tuvieron en un hogar de paso y le restablecieron los derechos, pero los mayores sí fuimos condenados, el muchacho quedó en la Modelo y nosotras ahí en Chimitá.

Para mí fue impactante desde que llegué. Yo había escuchado que en la cárcel hombres y mujeres eran aparte, pero yo vi un poco de hombres, estaba muy confundida. Cada piso de la cárcel estaba dividido en cuatro celdas grandísimas o tramos, como les llamaban. A la celda llegué muy asustada, vivíamos 25 mujeres en 12 camarotes o camas sencillas, el resto en el piso. Me encontré con una china que estaba encerrada por clonar tarjetas y que también venía del Carmen, además de una señora de Málaga. Ellas me dieron algo de esperanza.

Ahí había un muchacho, delgadito, de pelo corto, hablaba grueso. “Mucho gusto, mi nombre es Blanco”. “¿Blanco? ¿Qué será eso?”. Después una señora me explicó: “Eso es una mujer, lo que pasa es que es lesbiana”. Yo no sabía que las lesbianas existían, sí sabía sobre hombres homosexuales, pero de las mujeres lo único que alcancé a escuchar es que la gente les decía areperas, yo me imaginaba que eran dos mujeres bien femeninas.

Finalmente terminé amiga de un poco de lesbianas, yo no le prestaba atención a eso. La muchacha que entró conmigo sí tuvo muchos problemas por ese tema. “Eso es pa’ metele candela, pa’ echarle ají en esa cuca a esas viejas sinvergüenzas”, decía. Ella era como más cerrada. Le dio muy duro la cárcel, no le gustaba estar encerrada, allá aprendió a fumar y una vez yo evité que la chuzaran por haber ‘sapiado’ a una que tenía una navaja escondida bajo la almohada.

En la cárcel yo vine a conocer qué era maquillarse, que existían las bases y los polvos. Cuando ya tenía 21 años me hice los huecos de los aretes por primera vez,

me colocaron hielo y con una aguja me los rompieron. Hace poco me los mandé a colocar con pistola porque tenía un hueco más arriba que el otro.

Después de que me condenaron empecé a trabajar para descontar horas, ocho diarias. Empecé pegando manillas plásticas, pagaban 40 pesos por cada una. Después me mandaron a despeluzar ropa, y pagaban como a 50 pesos por prenda, aunque no me rendía. Luego me cambiaron a hacer brillos de alambre grueso, salía gris del taller y hasta se me ampollaron las manos. Yo hacía lo que fuera con tal de descontar tiempo.

Un día Blanco me dijo que en el taller de guantes necesitaban alguien en la troqueladora. Yo empecé a sacar los moldes de los guantes en la prensa y cuando se fue en libertad una de las muchachas que cosía los guantes, fui y hablé con la dragoneante que manejaba los talleres para que me diera la oportunidad en la máquina. Me dio tres días para aprender a usarla. El primero me hice como tres pares de guantes, el segundo día me hice 25 y después me hacía hasta 150 pares de guantes diarios.

Ahí yo sí ganaba bien, en ese tiempo me sacaba 400 mil pesos mensuales. Encargaba cosas de la calle, compraba en el restaurante y una muchacha empezó a buscarme amistad, me llevaba café y otras cosas, yo le recibía y compartimos chévere. Un sábado, que no se trabajaba, ella se me lanzó encima en la cama donde estaba durmiendo. "Johana a mí eso no me gusta. Yo a usted la aprecio mucho y

respeto mucho lo que usted es, pero a mí no me gustan las mujeres, yo quiero cambiar mi vida de otra manera, pero así no”.

Me cogió rabia, y una vez estando en ese taller me tiró una tijera. Una amiga se le paró con una tijera y le dijo que lo que era conmigo era con ella. Yo siempre he sido de buenas porque he tenido quien me ayude. A ella le decían la Mima, la condenaron a 60 años y llevaba 10, monita, pequeña y tremenda. En ese entonces yo apenas llevaba como año y medio, nunca tuve problemas aparte delo que pasó con Johana.

Las internas me eligieron como representante de los talleres ante los empresarios, negociaba con ellos cuánto iba a aumentar el salario de las internas al año. Nunca esperé que me fueran a dar ese privilegio.

A pesar de todo, la vida cansaba. Se levantaba uno, se bañaba, desayunaba a las 6:30, se iba para el trabajo a las 7:00, volvía para almorzar, otra vez al trabajo, salía en la tarde, zona verde, a veces compraba algo en la tienda y otra vez, todas juntas a dormir. Por eso yo a veces me metía al taller a las 6:00, sin esperar el desayuno. Evitaba el patio, me estresaba la bulla.

Allá me hice muy amiga de dos muchachas guerrilleras, dormíamos juntas, hacíamos café, nos contábamos historias, hacíamos caldo de leche y galletas a escondidas de las del INPEC. Una se llama Diana y tiene una hija, Camila. Ella es de Cúcuta y había sido mujer de un guerrillero; era de esos elenos que tienen una ideología bien fuerte, creo que salió y se fue para la guerrilla otra vez. A la otra la

mataron en Barranca cuando quedó en libertad, Marelvís. Había sido también mujer de un comandante; era una sardinita, flaquita, una negrita muy bonita. Yo les decía que saliéramos a hacer otra cosa, porque la guerra no es vida, pero su respuesta siempre era: “Usted sí se resocializó, nosotras no”. A mí no me importaba su pasado, pero la china con la que entré vivía ofendida y decía que yo era una torcida.

Mi familia me visitó en la cárcel solo 3 veces: mi mamá, mi papá y un hermano. Isabel, la cuñada de una de las internas, se hizo amiga mía. Me llamaba, me compraba las cosas de aseo, ella fue una bendición para mí.

No quiero volver

En septiembre de 2005 salí de la cárcel. Isabel y mi hermano Luzbén me estaban esperando en la puerta. Ese día me sentí pequeñita, era volver a ver luces de colores, volver a ver un carro, coger un vaso de vidrio, coger una cuchara metálica. Me quedé unos días en la casa de Isabel en Bucaramanga y de ahí me fui a Yarima donde mi hermano Ener, pero ya había pasado mucho tiempo, cuatro años; sus hijos eran adolescentes y yo no tenía dónde quedarme, entonces unos días pasaba donde mi hermano y otros donde una amiga.

La situación del frente cambió en el tiempo que yo estuve privada de mi libertad. Ese señor Nicolás le entregó la gente del frente Isidro Carreño al Bloque Puerto Boyacá. En ese tiempo el Bloque Central Bolívar y el Puerto Boyacá reclamaban el territorio en el que el Isidro Carreño tenía influencia, el Magdalena Medio santandereano. Cuando el ejército llegó a esa zona, los bloques aprovecharon para

hacerle presión al Isidro Carreño hasta que se adhirió al Bloque Puerto Boyacá y le entregó la gente. El comandante Nicolás quedó por ahí como un hacendado más, pero lo respetaban. Entonces mi hermano y yo quedamos volando.

En ese momento no sabía qué iba a hacer con mi vida. Lo único que quería era pasar navidad con la familia porque estar en la guerra es no tener cumpleaños, navidad, día de madres, día de padres, nada. En la guerra no existe eso. En noviembre los muchachos paramilitares que venían de Puerto Boyacá, me mandaron razón del comandante Botalón, que me presentara. Empecé a llenarme de miedo de que me vinieran a buscar o me mataran si no me presentaba. Tuve que pedirle ayuda a una sanguijuela de esas, un político que manejaba un prostíbulo. Lo encontré en su negocio. Un gordo en pantaloneta acostado con tres muchachas como si fuera un rey.

Al otro día me mandó en chiva para San Fernando, llegué hasta con polvo en la boca. Pregunté por el comandante, pero me decían que no estaba. Yo salí como con 300 mil pesos de la casa, pero eso se va, además me había comprado un celular Alcatel porque no existían cuando yo entré a la cárcel. Ahí me quedé sin plata y conseguí una piecita, una cuevita para la noche. Tres días pasando con avena y almojábana, sin plata para pagar la pieza y ese señor sin aparecer. Me fui para la casa de él, una mansión. Salieron los muchachos que había visto cuando estuve en El Guamo. “Yo vengo aquí a hablar con el comandante, es que yo ya no quiero volver más”.

“Él no la puede recibir, pero la orden es que usted se quede aquí trabajando con nosotros. No se puede ir para la casa porque ya va a ser el proceso de la desmovilización y usted hace parte del grupo. Usted se queda. A los Juan Boscunos no se los puede dejar ir para la casa porque desertan y después toca ir a buscarlos”. Ir a buscarlo es ir a matarlo, entonces me quedé.

Me mandaron a una casa de urbanos con la poquita ropa que tenía, tres mudas, y me dieron 150 mil para pagar la pieza. Trabajé en radio otra vez. Y aunque en diciembre dieron permisos para ir a la casa, unos el 24 y otros el 31, solo llegué a ir el 5 de enero; y diario con el cuento de los Juan Boscunos, que no me fuera a quedar.

Por esas épocas escuchábamos lo del proceso de paz con más frecuencia. Empezaron a llegar comisiones de abogados a negociar. Nos recogieron las tallas y el número de botas. Había mucho muchacho que también se quería ir para la casa, salían y me decían: “Leidy, ya casi, ya casi”, y así todos los días hasta que por fin nos llegó un mensaje: “Recojan todo porque ahora sí es la ida”.

“¡Uy Dios mío, nos vamos para la casa!”

Eso fue en enero de 2006. Empezamos a bajar todos los paneles de los radios, llegaron todas las patrullas y ese pueblo se llenó de paramilitares. Las piezas llenas de camuflados y de botas nuevas porque íbamos a ir bien presentados. Ahí me vine a colocar otra vez camuflado, por lo general casi nunca lo utilicé. Me dieron un fusil para entregarlo y no la pistola.

Yo siempre estuve al lado del comandante Aguja, él conmigo era muy humano, respetuoso, aunque se veía como malacaroso. Pasaron tres días recogiendo listados y entregando la dotación hasta que una madrugada salimos de San Fernando. Esa noche repartieron Old Parr para todos y quedaron ese poco de paramilitares borrachos y armados. En el carro donde iba con el comandante había tres hermanos y uno de ellos estaba peleando. “Yo no me quiero ir para civil a mí me gusta esto, ustedes son unos triple hijueputas traicioneros”, y le quitó el seguro a una granada. Por allá terminamos con el comandante en un galpón de pollos, pero no pasó nada, le pusieron de nuevo el seguro a la granada y le quitaron el armamento al muchacho. Ese mismo día entregamos el armamento en el Marfil, un corregimiento de Puerto Boyacá y ahí nos quedamos una semana. Esos días fueron como pedagogía.

El 26 de enero del 2006 nos dieron una dotación de ropa muy fea, me acuerdo mucho de unos zapatos fucsia relucientes, y con eso nos mandaron para la casa en buses. Yo esa noche me quedé en Puerto Boyacá, la que fue por 30 años la capital antisubversiva de Colombia, y al otro día madrugué para Yarima otra vez.

A los ocho días de llegar me puse de una vez a sacar el bachillerato en el Centro de Ecopetrol, cuando eso el gobierno nos daba, a cada desmovilizado, 358 mil pesos mensuales. Me quedé donde mi amiga y estudiaba todos los domingos. Por ese tiempo mi hermano Luzbén por fin cumplió el sueño de toda su verraca vida, ser paramilitar. Se presentó donde Jorge 40, el comandante del Bloque Norte. Ese señor era muy temido, fue el que coordinó en el 2000 la masacre de El Salado, una

de las peores masacres paramilitares de la historia de Colombia y después de la desmovilización alcanzó a confesar casi 600 crímenes. A mi hermano lo metieron en entrenamiento. Sufrió de las duras y las maduras, pero solo duró como tres meses, porque ese bloque se desmovilizó en marzo de 2006. y se desmovilizó. No sé cómo hizo, muy de buenas que no lo mataron.

Me fui a vivir a Barranca con mi papá porque todos esos desmovilizados que el Estado botó a defenderse como pudieran empezaron a matar, a atracar. Ellos me invitaban a robar mulas a la Panamericana o a pasar cocaína, por eso no me pude quedar. Me llevé mis tres trapitos, compramos una casita en el barrio Villarelys y montamos un café internet.

La ACR, Agencia Colombiana de Reintegración, que ahora es Agencia Colombiana para la Reincorporación (ARN), comenzó a crecer. Habíamos salido muy desorientados. La herramienta de trabajo de muchos había sido un arma, no sabían trabajar con más, por eso volvieron a montar bandas de atracadores, secuestro, hurto. El Estado quiso actuar cuando ya era tarde.

La ACR empezó a hacer trabajo psicosocial, y yo asistí a esos talleres. Tenía una psicóloga que todavía está en la ARN, se llama Milena. A mí me parecía tan bonito lo que ella hacía que me motivó a estudiar lo mismo. Toqué las puertas de la Universidad Industrial de Santander para estudiar administración de empresas pero no me aceptaron por un membrete. Luego toqué las puertas en la Universidad Cooperativa de Colombia y empecé a estudiar psicología en 2008. La Organización

Internacional para las Migraciones (OIM), me ayudó con las matrículas durante cuatro semestres. Esa organización se encarga de atender grupos de población vinculados a la migración forzada, y por eso también trabaja con desmovilizados en proceso de reintegración.

Ese año me casé. A mi esposo, Isnardo Grandas Mora, lo conocí en Yarima en 2006. Una amiga me lo presentó, nos pusimos a hablar. A los días me di cuenta de que él era militar, trabajaba en el batallón de San Vicente. Tiempo después, yo le hablé y así empezamos. Él salió a un permiso y era la primera vez que nos íbamos a encontrar, yo le conté que era desmovilizada y que tenía que presentarme cada cierto tiempo a la policía.

Le generó desconfianza, él pensaba que yo me le había acercado para sacarle información. Después me fue conociendo, cuando me acompañaba a presentarme a la policía él se quedaba lejos, pero con el tiempo entraba conmigo. La familia de él se enteró también, fue difícil porque él había perdido tres hermanos por la guerrilla, a uno se lo arrancaron a mi suegra de las manos. Él se metió en el ejército para salvarse.

Me apoyó mucho para estudiar. Cuando la OIM terminó de darme esas cuatro becas, él me sirvió de codeudor en el ICETEX. Los primeros semestres fueron muy difíciles, había días que no tenía el pasaje, porque lo que daba el gobierno no alcanzaba y me gastaba una hora caminando a la universidad. A mí me daba pena pedirle a él. Yo quedé embarazada de mi hijo Juan Diego en noveno semestre, a

los 29 años, terminé materias un viernes y tuve a mi hijo un lunes, eso fue contrarreloj. Me gradué en 2014.

Ese año estuvimos súper alcanzados económicamente. Además de las deudas, recibimos a una de mis sobrinas en mi casa, ella llegó con un niño de 18 meses, Jhonatan Steven. Mi sobrina no tenía una buena relación con él, lo maltrataba y constantemente decía que no lo quería tener. No puedo afirmarlo con seguridad, pero me enteré que ella se vino del campo y también le pasó lo mismo que a mí. Llegó a la ciudad, se perdió y empezó a salir con un señor que tenía dinero y mujer. Quizá el niño es producto de un abuso sexual.

En vista de eso yo le empecé a insistir a mi esposo que nos quedáramos con el niño. Él aceptó. La mamá todavía lo visita y nunca le niego poder verlo. El niño, por su parte, sabe que ella es la mamá que lo tuvo en la barriguita y yo soy la mamá que lo crió.

Al año siguiente nuestra economía mejoró. Empecé a trabajar con Red Unidos, que es una estrategia del gobierno creada para superar la pobreza extrema. Me tocaba visitar casas para conocer cómo vivían las personas, andaba en moto por todos lados, llegué a visitar a 100 familias en un mes. Yo era consiente que me encontraría con víctimas que sabían que era desmovilizada, pero no fue lo que me imaginé, no me insultaron. Siempre me presenté como la psicóloga que era y no como la paramilitar que llegué a ser.

Carta al Papa

En 2017 con el revuelo de la visita del Papa Francisco, la iglesia me postuló para ir a verlo y dar un discurso en Villavicencio. Cerca de 300 personas pasaron la hoja de vida y entre todas esas me escogieron a mí. El nuncio apostólico me llamó y yo le pedí unos días para pensarlo. Era un evento inmenso, saldría por la televisión. Mucha gente se enteraría de mi pasado. Aun así decidí asumir el riesgo.

El 8 de septiembre se realizó la misa campal. A las 3:38 de la tarde nos reunimos víctimas y victimarios con el Papa. En la tarima, frente a 650.000 personas, estaba yo con Juan Carlos, un exguerrillero las Farc; con Pastora Mira, una mujer a la que la guerrilla que le mató a varios familiares; y con Luz Dary Landazury, víctimas de una mina antipersona. Todos hablamos sobre la paz, el perdón, la reconciliación.

Puse todo mi esfuerzo para salir allá, para no llorar, por eso cuando escribí el discurso no toqué el tema del abuso sexual. No quería alimentarle el morbo al periodismo, y prefería evitar comentarios que pueden ser dolorosos para una víctima. Yo me preparé días antes para ese momento y hablé por los que nos desmovilizamos y por los guerrilleros que iban a hacerlo.

En el 2016 yo había empezado a trabajar en Familias en Acción, y tenía un grupo de madres líderes de la Comuna 4. Ellas se enteraron por la visita del Papa que yo era desmovilizada, entonces yo llegué temiendo que me fueran a sacar a piedra de Barranca, pensé que la gente iba a sentir que yo les dije mentiras, pero fue todo lo contrario. Aunque también hubo alguno que otro mal comentario.

Recién había terminado la visita del Papa y en el Centro Regional de Atención a Víctimas donde trabajaba estaban podando unos árboles con unas motosierras pequeñas. La maquina me pareció curiosa, porque nunca había visto una. “Usted debe saber mucho de esto”, me dijo un trabajador, don Carlos. En ese momento me sentí mal por eso, pero ahora nos llevamos bien. Yo sé lo que otros paramilitares lo hicieron: descuartizar, torturar, desaparecer, matar. Es difícil cargar con la mochila del excombatiente en la espalda todo el tiempo.

En 2018 la Alcaldía me propuso estar en el cargo de directora del Centro de Convivencia Ciudadana de Barrancabermeja. Fue muy difícil llegar al trabajo porque me enteré que me aparecían antecedentes. Cuando yo vi en el sistema el delito de “concierto para delinquir” sentí que todo mi estudio había quedado manchado. Me tocó echar el cuento en la ARN y en la Alcaldía, y demostrar que según la Constitución Política yo podía trabajar en un cargo público. A través de mi trabajo les he mostrado que las personas en proceso de reintegración no tenemos tres ojos ni ocho dedos, somos seres humanos. Ya no recibo malos comentarios, de hecho, hasta monseñor Camilo Castrillón me invitó a hacer una conferencia. Yo me alejé de eso, de ser desmovilizada. Cogí mi camino.

La copa que rebotó y estalló

Yo detestaba los viernes porque sabía que mi papá iba a llegar borracho a pegarle a mi mamá. Vivíamos esperando. Solo le pegaba a ella porque a ninguno de los siete hijos nos tocó. Recuerdo que, cuando la maltrataba mucho, mi mamá salía de la casa conmigo, mi hermano mayor y otro que tenía de brazos. Nos escondíamos por allá en el monte. "¿Mamá, él por qué le pega? ¿Por la comida?". "Deje que se le pase la rabia".

Volvíamos a entrar a la casa como si no hubiera pasado nada, pero cuando él se iba a trabajar al otro día, ella nos acababa. Mi papá era mi héroe, mi todo, pero mi mamá siempre se desquitaba con nosotros. La palabra más bonita que me decía era "perra" y aunque fuera que nos tirara una piedra siempre nos tenía que dar. Con mis otras hermanas y hermanos no era tan agresiva. "¿Por qué mi mamá me da tan duro si yo soy su hija?".

Yo vivía con mucha rabia contra ella y lo que tenía para desquitarme eran mis muñecas. Las enterraba. Tenía un cementerio en el patio. Yo sabía que mi mamá me odiaba y después entendí por qué. Uno chino no mira las consecuencias y, aunque él ya le pegaba, todo empeoró cuando le confirmé a mi papá que había otro.

Nosotros vivíamos en el barrio El Palmar en Barrancabermeja. Éramos Aldo, Berta Isabel, Miller, Robert, Shirley, Harold y yo, Sandra Bolaños. Antes Barranca era más que todo monte, no estaba tan urbanizado. Por el barrio estaban las milicias de las Farc. De ellos tengo recuerdos desde 1972, cuando tenía siete años, siempre estaban patrullando. Al ir a la escuela nos paraban 10 o 20 minutos a decirnos cosas: “¡Vámonos pa' la guerrilla! Vámonos que allá ganan plata, ¿qué hacen estudiando?”. Ellos paralizaban Barranca.

Los guerrilleros decían que querían pelear por nosotros, las clases menos favorecidas, porque no teníamos derechos en igualdad, que merecíamos que el Estado nos diera bonos de mercado, cuadernos, y que si íbamos con ellos ganaríamos plata para ayudar a los papás que aguantaban hambre, para ponernos buenas mechas, y a los niños les prometían la novia que quisieran. “Si viera usted como tenemos nosotros de novias”, decían. Hubo amigos míos que sí se fueron. Años después uno le preguntaba a la mamá por ellos y los habían matado o estaban desaparecidos.

Él me quiere mucho

A los 14 años me fui de la casa. Estaba haciendo sexto en el Gimnasio Moderno en Barranca. A veces repetía grados porque no me importaba estudiar, me volaba de clase, no llevaba cuadernos. En ese tiempo conocí un tipo que tenía 35 años, se llamaba Alfredo. Lo conocí en un bus, estábamos sentados juntos, empezó a hablarme, cuando me fui a bajar me dio un beso y yo pensé que ese era el amor. A los cuatro días llegó al colegio y me dió una cajita de cartón con lecherita y

masmelos, me llevó un perfume; y me dijo que si éramos novios. Yo le dije que sí automáticamente. Después me regaló una pijama, y en cuestión de días pensé: “¡Me quiere, me ama, ese es mi amor!”. Yo me sentía realizada.

A los ocho días mi mamá descubrió los regalos en mi pieza. “¿Y esto qué?! ¿Usted con qué plata está comprando eso?!”. Me interrogó con la correa, me reventó. Yo lo que hice fue ir al patio y me trepé la pared para volarme de la casa, corrí por allá a un monte y me fui para donde él. En marzo de 1979 empezamos a vivir juntos.

Nos fuimos para Yondó, en Antioquia, a vivir en una finca. La vida con él fue muy dura, él cambió muy rápido. Me pegaba hasta con el plan del machete, me dejaba marcada, vuelta nada. Él veía que yo no quería tener sexo por lo maltratada que estaba, entonces me amarraba y me violaba, así fue siempre. Yo no sabía que él me violaba, creía que era normal y que eso era el amor. Que esa era la vida que nos merecíamos nosotras las mujeres.

Pensaba tantas cosas: “Si le digo a mi mamá, no me va lo apoyar”, “él me quiere mucho”, “tengo que regresar a donde mis papás”, “si mi mamá le aguantó a mi papá entonces yo también lo puedo aguantar”. Estaba sola y lejos de todo, incluso las fincas de los vecinos estaban retiradas.

Comencé a acercarme a mi vecina, ella oía mis gritos cuando él me estaba pegando, entonces mandaba a alguien o una bestia para que me recogieran. Me miraba toda lacerada y me decía que eso no era normal, que yo no le fuera a dar hijos. La sola idea era horrible. Yo no quería tener hijos, todavía no y menos ahí.

Cuando quedé en embarazo la primera vez no podía creerlo, iba para los 15. A veces me arrepiento de haber tenido a ese animal como el papá de mis hijas, me avergüenzo por eso.

Cada dos años quedaba en embarazo. No me cuidaba, sino que cuando yo estaba dando seno, no menstruaba y esa era la forma de planificar para mí. Apenas dejaba de amamantar y empezaban a tomar teterito quedaba en embarazo, tuve 5 hijos: Rochi, Liseth, Alfredo, Maira Alejandra, y una bebé que se nos murió. Con la primera niña vi que era una buena mamá, que iba a ser la mejor mamá del mundo. Me sentía feliz y no me importaba aguantarle el maltrato a ese tipo.

Su idea era que yo no saliera a ninguna parte y tuviera los hijos allá, que él me asistía el parto; según él yo lo iba a engañar con otro. Me daba mucho miedo, que de pronto me matara la bebé o la ahogara, entonces yo trataba de caramelearlo para que me sacara al pueblo y allá tenía a los niños. Una vez él casi me hace venir una niña por el maltrato.

Luego de un tiempo, le insistí en irnos, nos estaba yendo mal económicamente y fuera de eso mis hijas ya debían comenzar a estudiar, con paciencia lo convencí y buscamos una casa en Yondó. Los dos trabajábamos, yo en una farmacia, donde aprendí inyectología, y a él le busqué trabajo con el alcalde Braulio Mancipe, pero era imposible vivir con lo poco que ganabamos, entonces decidí, un día cualquiera de 1982 sin saber nada, que iba a tocar a las puertas de Ecopetrol.

Trabajaba en lo que fuera, donde fuera, me le medía al peor de los contratos. “Yo no sé nada, pero me consigo las personas y ahí vamos”. Limpiábamos los caños de almacenamiento de agua que se usaban en caso de emergencia, pintábamos los tubos por los que pasaba el crudo y revisábamos que no fuera a tener perforaciones, limpiábamos los tanques de almacenamiento del crudo, los pintábamos y adecuábamos para que no se deterioraran.

Me hice amiga de los ingenieros y ellos me ayudaban muchísimo. Me enseñaron a hacer trampas, por así decirlo. Me daban tres licitaciones, las dos que perdían y la que ganaba. Yo trabajaba todo el día y contraté una muchacha para limpiar la casa. Mi esposo la embarazó y seguía haciendo de las suyas, golpeándome, celoso porque trabajaba con hombres.

En 1985 los ingenieros quisieron colaborar conmigo para el mes de diciembre, para que hiciera unos contratos de limpieza de tanques y me comprara una casita que siempre fue mi sueño. Uno yo lo ejecuté y el otro se lo coloqué a mi esposo. Me fue súper bien hasta que lo terminé antes de tiempo. Estábamos hablando del 1985 y 2 millones de pesos en ese tiempo serían aproximadamente 100'000.000 hoy día. El 16 de diciembre le entregué todo para que fuera a cobrar los cheques.

Llegaron las 8, luego las 10 de la noche y el tipo no aparecía con la plata, pa' pagar a los trabajadores. Apareció el 2 de enero sin un peso, todo se lo gastó con la familia de él en Tolima. Se dio la gran vida allá y mis hijas se pasaron un diciembre terrible. Tocó pedir prestado para pagar a los trabajadores, y vendí el lote que tenía para levantar mi casita. Quedé otra vez pagando arriendo y sin nada.

Desde entonces cuando él me iba a pegar yo me le armaba. Una vez trató de pegarme y cogí un cilindro de gas de 40 lleno y se lo estrellé, andaba todo chueco y decía que se había caído del techo.

Empezar de nuevo

Ya en 1988 decidí que no más. Me iba a separar y a dividir a mis hijos: dos con él y dos conmigo. Cuando Maria Alejandra supo, me dijo que no mandara a las hermanitas con el papá. Yo dejaba las niñas con él. Por un momento sí lo sospeché, vi que una de las niñas empezó como a tener un comportamiento raro, era muy callada. Un día que estaba orinando le vi algo extraño, pero no le presté atención. Yo lo ignoré. Luego me golpeó de frente la realidad. Él abusó de ella.

Tenía que irme con mis hijos. Estaba sola y no sabía cómo empezar de cero. No les podía contar a los ingenieros nada, eso era un tabú. No podía decirle a nadie por respeto a mi hija. Tenía miedo de que si hablaba no me creyeran, que me culparan por ser permisiva, por no darme cuenta, por ignorarlo. Entonces dejé el trabajo, me fui a Barranca con todos mis hijos y llegué donde mi mamá. Uno de mis peores errores.

Trabajé en un almacén de ropa, pero ganaba muy poco y tenía muchas responsabilidades. Mi papá había comenzado a decaer en salud, y me tocaba mantener a mis hermanos y a mis hijos. Me convertí en la persona clave para sacar adelante la casa a los 23 años.

Una abuela me contó sobre dos mujeres que trabajaban en trata de blancas, una se llamaba Rosa y la otra Beatriz. Me les presenté. Ellas me conseguían parejas que eran en general trabajadores de Ecopetrol de otras partes del país o extranjeros. Recuerdo un italiano que después lo secuestró el ELN, él fue muy bueno conmigo porque me daba más de lo que era la tarifa.

Ese trabajo era difícil, desagradable, pero llegó a gustarme porque ganaba mucha plata. Después trabajé Bucaramanga con una señora que se llamaba Consuelo, en el Diamante II, en la comuna 10, uno de los mejores barrios. Ahí había una casa inmensa de tres pisos. Recibíamos a los clientes en el primer piso, en una sala que al lado tenía la whiskería. Me buscaban mucho por espontánea, mi forma de ser, mi risa, la recocha. Ella me puso el nombre de Margot y a mí me gustó.

Ellos se sentaban en la sala y llamaban a la que querían, nos sentábamos con ellos y cuando preguntaban qué íbamos a tomar, ya sabíamos que empezaba el trabajo. La señora nos exigía hacerles gastar mínimo 2 botellas y por dentro yo decía “esta hijueputa”. Me tocaba tomar mucho y terminaba mal. Yo me gastaba dos botellas y me llevaba otra para los cuartos que quedaban en el segundo piso, no me la tomaba sino que la tiraba debajo de la cama para hacerles gastar más. A veces subíamos al tercer piso que era un baño sauna. En 1990, cobraba 300 mil pesos.

Durante los años que trabajé ahí salí con dos hombres. El primero, me buscó varias veces hasta que le acepté, y él me decía que me saliera de esa vida que él me colaboraba. Yo le conté quién era y lo que me había pasado. Un día fui a la iglesia, me gustaba ir cuando empecé a cansarme de esa vida. Estaba en las primeras

bancas y cuando levanté la vista lo vi a él vestido de cura. Salí espantada. Él llegó en la noche, como a las 10, a buscarme, pero yo no quería saber nada de él. Uno piensa que ellos son unos santos, que son seres humanos y no unos cavernícolas.

El segundo fue un concejal, Antonio, tenía como 50 años. Me insistió que me saliera de esa vida, que me fuera a vivir con él, y lo hice. Yo era muy rumbera, bailaba en la casa, me le subía en los muebles, le hacía estriptis. Él decía que yo le había dado vida a la casa y cuando me fui de allá, él casi se muere. Vivimos muy poco tiempo juntos porque volví con mis hijos a Barranca. Después mi mamá me echó de la casa y me logré conseguir una casita donde solo pagaba servicios.

Mañana la visita la virgen

Ya tenía 26 años y estaba sola con mis hijos de nuevo. Vivía de rifas, me prestaban una moto y me iba a venderlas por los barrios nororientales. Allá vivía la gente más pobre de Barranca, en invasiones en las colinas y estaba lleno de guerrilla: EPL, Farc y ELN. Me gustaban muchos los bazares porque bailaba y trabajaba. En uno de esos en el barrio las Granjas conocí a un tipo. Me gustó físicamente. Era alto, blanco y paisa, de Segovia, Antioquia, me llegó por ese hablado.

"¿Y usted qué está haciendo por acá?". "No, estoy sola, es que yo vendo rifas". "Mostrame a ver yo te compro todo el talonario". Yo no creía. "¿Seguro?". "Déjemelo que yo se lo compro todo". Eran como 400 y algo. Pero me dio desconfianza y yo adelantada a los hechos, le dije: "No me la vaya a robar después de que salga de acá". "¿Cómo se le ocurre? Mucho gusto, mi nombre es Walter. ¿En qué vino

usted?". "En la moto, me toca pagar por horas y la señora que me la prestó me va a regañar". "¿Y usted por qué no se compra una?". "¡Ja! ojalá". "No le pare bolas a eso que mañana la visita la virgen". Al ratico me preguntó dónde vivía. "Por si me gano la rifa para ir a cobrar". Bailamos un rato y así quedamos.

Al otro día tenía una Suzuki 100 con un moño grande en la puerta. No se la recibí porque pensé que de pronto era un narcotraficante o que quería a una de mis hijas. A los cuatro días me lo volví a encontrar. Lo evadí: "Yo no tengo nada que hablar nada con usted. Yo no sé quién es usted". Entonces mandó a dos manes: "Paren un taxi que ella se va conmigo". "¿Yo? ¿Cómo así? ¡Usted me va a secuestrar! ¡Pero por qué, yo tengo cuatro hijos!". Y empecé a llorar "¿Usted por qué me va a secuestrar? ¿Yo a usted qué le hice?". "Usted se va conmigo", me dijo. Cuando vi que alguien por allá le pasó una pistola. ¡Ay Dios mío, qué pasó!

Me llevó a otra parte y en un momentico me contó que era de las Farc. Comandante financiero del Bloque 24 que operaba en el Magdalena Medio, alias Walter. "¿Yo qué hice con mi vida?!", pensé. Creí que después me iba a matar, por eso no lo miraba a la cara, pensaba era en mis hijos y yo llórele, contándole mi vida: "Yo he sufrido mucho. No tengo quién me colabore, por favor no me vaya a hacer nada". "Yo a usted no le voy a hacer nada. Quiero ayudarla", me dijo, y desde ese momento me volví su mujer.

Me compró una casa, le acepté la moto. No podía creer que él me estuviera brindando tantas cosas y no me fuera a hacer daño. No era amor pero si era afecto de ver cómo era conmigo y con mis hijos. Yo lo veía con tanta plata que le dije que

me metiera en las Farc y trabajé en logística consiguiendo provisiones, municiones, dándole primeros auxilios a heridos que llegaban a la casa o buscando enfermeras para hacerles curaciones.

El vestido negro

El viernes 16 de enero de 1998 estaba con Walter en la casa, el domingo iba a celebrar donde mi mamá mi cumpleaños. Me medí un vestido negro que me regaló y al mirarme al espejo sentí una cosa tan fea, un escalofrío. Un mal presentimiento. "Vamos a la casa de mi mamá, Walter". Me cogió el afán de irme para allá. Me desesperé. Al salir a la calle un taxista que me reconoció y me dijo: "Sandra, a su hermano le hicieron un atentado, está herido".

Al llegar al barrio casi no me dejan pasar, estaba todo acordonado. Cuando pude entrar había una señora comentado que habían matado a un muchacho. Todo el mundo me decía que estaba muerto. Luego nos avisaron: "Lo tienen en el hospital San Rafael". Sí, lo mataron. Cuando yo vi allá a mi papá, mi mamá, mis otros hermanos en el hospital, se me acabó el mundo. Aldo era mi hermano mayor, de niña me mantenía con él, hacía todo lo que él hacía, pescar, cazar pájaros, tirar cauchera, ir a la quebrada a bañarnos.

No quería que me abrazaran, no lloré. Le dije a Walter "averígueme quién fue el que lo mató, ¡usted tiene que saber quién fue el que lo mató!". Lo mataron los del ELN porque supuestamente Aldo estaba haciendo negocios con unas viviendas de interés social. El que le dijo eso al ELN fue un vecino topógrafo que le tenía rabia

porque no le dieron la obra, le decían "Poncheras". Desde eso todos los guerrillos comenzaron a ser lo mismo para mí y a Walter le cogí rabia. Lo entregué al ejército meses después, lo cogieron en plena carrera 28, la arteria vial de Barranca, mientras íbamos en el carro a reclamar la plata de una extorsión a una bomba de gasolina.

Con todo eso mi familia quedó vuelta nada, destruida. Me transformé, su muerte fue la gota que rebosó la copa y la estalló. Ese domingo 18 de enero, en mi cumpleaños, cuando estuve en el cementerio enterrándolo le prometí: "Voy a hacer tanto daño que solamente con escuchar mi nombre la gente se va a asustar". Y así hice.

Sonia

A mediados de 1999 mi hermana llevó a la casa a un novio, un taxista que trabajaba con las autodefensas. Él me reconoció: "A usted la están buscando, y si no va y habla con Esteban la van a matar, porque usted era la mujer de un comandante de las Farc". Alias Esteban era el segundo comandante del Bloque Central Bolívar. Él había participado en la en la masacre de ocho personas y la desaparición de otras 26 en los barrios nororientales de Barrancabermeja, el 16 de mayo de 1998.

Yo era de armas tomar y después de unos días me fui con él. "Hablemos con Esteban, lléveme". Yo tenía mucha fama en Barranca, por haber sido la mujer de Walter y ellos querían que les abriera zona para entrar a los barrios nororientales y sacar a la guerrilla. "Yo trabajo con ustedes, pero también quiero algo. A mi hermano lo mató el ELN, y yo quiero vengarme".

Esteban me dio dos millones de pesos. "Cómprase un celular y mire qué chapa le ponemos". "Póngame usted el nombre", le dije, y de ahí en adelante me llamé Sonia. "Sonia, yo sé que usted va a ser buena camelladora".

Entrené poco tiempo dentro de los paramilitares porque ya con Walter había hecho tiro al blanco, asalto a campo abierto, técnicas de nado. Con las AUC aprendí a pasar pistas de alambres de púas, de vidrios; a saltar de camionetas en movimiento, bajarme de un helicóptero por esas cuerdas anchas. Yo era muy rápida y los hombres me miraban rayado, porque alias 70 (que fue mi comandante después) los insultaba: que cómo se dejaban superar de una mujer "¡De una mujer! ¡Maricas!".

A los tres meses me llevaron para la meseta de San Rafael, corregimiento de Barranca. Esteban me dijo: "Sonia, mire estos muchachos y escoja 25". Yo no sabía para qué era. Después de elegirlos me dijo: "Listo Sonia, le entrego una contraguerrilla". Yo no lo podía creer, estaba muy feliz. Tuve casi unas 6 o 7 contraguerrillas. Lo que hacíamos básicamente era patrullar las zonas rurales, hacer inspecciones en casas, robar gasolina y combatir cuando era necesario.

En el 2001 me mandaron de urbana después de casi perder la pierna. El 14 de julio nos dirigimos al municipio de San Benito. Cuando llegué vi una muchacha, que nadie conocía, con una pistola. Enrique, que era el comandante financiero, se la había dado. A mí me pareció extraño y la mandé a buscar para saber quién era. Cuando la trajeron, Enrique le dijo que me entregara la pistola, pero no quería y la sacó y disparó. Yo le estaba dando la espalda, pero inmediatamente sentí el tiro, di

la vuelta y me fui al piso. “¡Está hijueputa me lo pegó fue a mí!”. La maté de un solo tiro después.

La bala entró y salió, el problema es que era Dum-Dum, una munición explosiva que perfora normalmente, pero al salir explota, entonces mi tibia y mi peroné volaron. ¡Tenía una rabia que los quería matar a todos! Yo no sentía el pie y pensé que me lo había tumbado. Yo le dije a Enrique: “No me dejen viva, mátenme, mátenme o sino me mato”. Me desarmaron y me llevaron donde una enfermera, duré casi 24 horas con el tiro ahí, inyectándome morfina y antibióticos. Finalmente me mandaron para Vélez, llegamos en las fiestas de la Virgen del Carmen, desde entonces me han hecho 17 cirugías.

Dos meses después manejaba bien las muletas y quería retomar mis funciones como comandante. Estuve en Barranca trabajando de rural hasta que me mandaron de urbana, bajo órdenes del comandante 70. Con cuatro muchachos me defendía, porque no me iba a quedar en la casa mandando, yo también quería salir, tenía ese afán de matar.

La fiebre

Tenía la costumbre, antes de salir a matar, de rezar la oración del Justo Juez, mientras planeaba cómo llegar al lugar, qué armamento llevar, por dónde huir, dónde dejar los cuerpos. Al terminar, llamaba a mi compañero de sicariar, nos íbamos en moto. “Richard, vamos que hay contrato”. Siempre que la rezaba me sentía acompañada.

Divino y Justo Juez de vivos y muertos, eterno sol de justicia, encarnado en el casto vientre de la Virgen María por la salud del linaje humano, oye mis súplicas, atiende a mis ruegos, escucha mis peticiones y dales favorable despacho.

El primero que maté en mi vida fue Poncheras, al tercer o cuarto mes de haber entrado a la organización hice ese contrato. Era gordo, acuerpadísimo, tenía una moto DT y lo ubiqué rapidito. Como no llevaba armamento, me fui en la moto a mi QTH (centro de operaciones) me busqué la pistola y a Richard. Cuando llegamos Poncheras estaba sentado comiendo en un restaurante. Me le senté y le dije: "Quiubo ¿me conoció?, yo soy la hermana de Aldo. Usted lo hizo matar ¿sí o no?".

Yo por debajo de la mesa tenía la pistola y le decía que me mirara a los ojos. "Si quiere corra, haga bulla. Vine a matarlo. Pero antes de matarlo a usted, voy a dar la orden para que maten a su mamá, para ver qué siente". Ese desgraciado empezó a gritar, el lugar estaba más o menos lleno. "¡Cómo así que me va a matar! ¡Averigüe, averigüe quién fue, yo no fui!". "Siga gritando y el primer tiro se lo pego entre las guevas".

El primero tiro se la pegué en una pierna. Me acuerdo tanto que él alcanzó como a quererse levantar, entonces los otros tiros se los di en la cabeza y en la espalda. Richard me esperaba afuera en la moto y salí como si nada.

Fui a la casa, me cambié de ropa y busqué a mi hermana. "Vamos que mataron a alguien por los lados del seguro. Me parece que fue el que tuvo que ver con la

muerte de Aldo", le dije. Regresé a verlo, así era mi forma de ser, yo mataba a alguien y regresaba a ver el cuerpo. Por la satisfacción, siempre regresaba. Después volví a la casa, puse el equipo a todo volumen, mandé a traer cerveza y empecé a tomar. La familia de Poncheras eran vecinos nuestros.

La sábana santa en que fuiste envuelto nos cubra su sagrada sombra, el velo que cubrió tus ojos, sigan a los que nos persigan, los que nos deseen mal, ojos tengan y no nos vean; pies tengan y no nos alcancen; manos tengan y no nos tienten; oídos tengan y no nos oigan, lengua tengan y no nos acusen; y sus labios enmudezcan en los tribunales, cuando intenten perjudicarnos.

¡Oh Jesucristo Justo y Divino Juez!, Socórrenos en toda clase de angustias, lances, aflicciones y compromisos y haz que al invocar y aclamar al imperio de tu poderosa y santa voz, llamándote en nuestro auxilio.

Yo mataba de todas las formas. No los torturaba ni los maltrataba si los iba a dejar vivos. No mostraba el fierro a nadie por mostrárselo y solo perdoné la vida una vez. Me encantaba cómo sonaban los tiros y me molestaba cuando rogaban. Si había elenos me ponía contenta, por el amor que les tenía. "Voy, los mato y me les tomo hasta la sangre". Sabía manejar la prieto, fusil AK45 y AK47, Fall, revolver, granada, cuchillo. También desmembraba, a la orilla del río para que se fueran los pedazos y siempre empezaba por los pies. A veces los desmembré vivos para sacarles información. Llegué a amar tanto la organización; era mi vida, era mi casa, era mi todo. Mi familia eran la autodefensas y me gané el respeto de todos por mi trabajo.

Trabajamos con políticos, con los de Ecopetrol, con el Ejército. Ellos se vieron muy beneficiados con nosotros. Los de Ecopetrol, que la guerrilla los tenía vueltos nada con los atentados y extorsiones, nos dieron incluso un mapa para saber cuáles tubos eran de gas, crudo y gasolina, y en qué puntos podíamos ir a romper. Ya después ellos se lavaron las manos diciendo que nosotros robamos. El Ejército se comunicaba con nosotros y a veces nos pedían que nos acuarteláramos para ellos ingresar a una zona, o incluso, si ellos no podían hacer presencia en un lugar nos lo pedían a nosotros. Nos vendieron muchas veces las armas y municiones que necesitábamos amparados en las compras del batallón.

También trabajamos con comerciantes, finqueros, las funerarias, los taxistas... Teníamos informantes que nos daban nombres de colaboradores de la guerrilla. La organización les pagaba 50 mil por persona que entregaran y las funerarias nos daban una bonificación por avisar cuando iba a morir alguien. El patrullero que hacía el contrato llamaba a las funerarias de Barranca: "Pilas que le vamos a hacer sonar a nombre de la abejita Conavi". Si llegaban antes de tiempo se hacían en una esquina a esperar y apenas sonaban los tiros aparecían por el muerto.

Yo no mataba mujeres y menos niños o niñas. Me daba rabia que alguien abusara de ellos ¡me enloquecía! Yo misma asesiné muchos violadores en Barranca. Ahí empezaron a decirme loca dentro de la organización porque les mochaba el miembro mientras estaban vivos. Yo los coleccionaba en un frasco con formol. A veces me llamaban: "Sonia aquí hay un violador". "¡Ay, hágame el favor! Arránquele

la vuelta antes de matarlo y me la guarda". Cuando me capturaron ya tenía un frasco con más de 50 penes.

Por eso llegaron a decirme que era disque psicópata. Ahí descargaba mi ira de lo que el papá de mi hija le había hecho. Era como tenerlo a él al frente, como devolver el casét de todo lo que había tenido que pasar. Todo eso me llenaba a mí.

Las prisiones se abran, las cadenas y los lazos se rompan; los grillos y las rejas se quiebren; los cuchillos se doblen, y toda arma que sea en nuestra contra se embote e inutilice, ni los caballos nos alcancen, ni los espías nos miren ni nos encuentren, tu sangre nos bañe, tu manto nos cubra, tu mano nos bendiga, tu poder nos oculte; tu cruz nos defienda y sea el escudo en la vida y en la hora de nuestra muerte.

A mí nunca nadie me entregó, porque yo era mediadora y ayudé a mucha gente. Era la única entre la organización que no comía entero lo que dijeran los informantes. Una vez, Óscar Wolman, el comandante militar del frente Fidel Castaño en las comunas en Barranca, me pasó la información de que había que matar a tres hermanos de apellido Rojas. Supuestamente ellos vivían en una especie de lote donde escondían armamento y eran de las Farc.

Sandy, uno de mis muchachos, estaba conmigo y escuchó la información del contrato. Yo llegué a mi QTH y me alisté, cogí la pistola, pero antes de salir Sandy me dijo que él conocía a los hermanos Rojas, que eran sus amigos. "Ellos hacen es peleas de gallos y son fanáticos. Eso es mentira lo que están diciendo, allá es donde

yo me escondo ¿cómo se le ocurre?". "Si es así Sandy, vámonos ya a esconderlos mientras investigo, porque a mí tampoco me sonó".

Nos recibió la mamá de los muchachos, me le identifiqué y le dije que venía por ellos. La señora se me arrodilló, eso fue terrible. Ella quería que yo se los regresara vivos, que le prometiera, que le jurara, que me arrodillara también. "Señora, yo no le juro a nadie, pero le prometo que sus hijos están aquí a más tardar mañana. Yo sé que yo tengo fama, pero confíe en mí".

Sandy escondió a los chinos, por si alguien más también había recibido el contrato, y hablé con el comandante Óscar. La información la pasó un enfermero de un centro de rehabilitación en el barrio El Cerro. "Dígale que nos vemos ahí en el centro en 10 rayitas (minutos)". Él llegó con la esposa. "¿Usted sabe quién soy yo? Yo soy alias Sonia", le dije. Y le entregué un periódico donde hablaban de mí y mis crímenes. "¿Si ve este periódico? Se lo regalo, esa soy yo, todo eso que dice ahí es verdad y usted lo sabe, entonces mi pregunta es: ¿Lo de los Rojas es cierto? Porque si no es cierto, yo le mato a su mujer". Le saqué la pistola y le dije: "Se la mato, a usted lo dejo aquí y voy por sus hijos. Usted tiene dos hijos ¿Sí o no? Entonces me dice la verdad, ¿Qué pasó y por qué va a hacer matar a esos tres muchachos?".

Ese tipo se orinó, y empezó a contarme. Henry Rojas en un accidente le había matado al mejor gallo de peleas que tenía. Por eso los iba a hacer matar. Estaba indignada. "Me da mucha pena, usted se queda con nosotros porque vamos a subir donde el comandante para que usted le comente a él". Y a la mujer le dije: "Se va de aquí de Barranca, le voy a dar tres minutos, pero como yo casi no sé contar

entonces voy por dos, ¡ya la vi!, le doy los dos minutos que le dije y si la veo aquí en Barranca, la pelo".

Cogí un taxi con Sandy, un taxi de los que nos colaboraban. Yo me monté en la parte de adelante, Sandy con él atrás para darle más confianza. Cuando íbamos pasando por la Planada del Cerro, que eso es oscuro, yo miré al taxista y él sabía ya, las miradas mías hablaban. "Bájese". El tipo se quedó mirándome por el retrovisor. "Bájese más bien aquí y se va, porque yo sé que si lo llevamos donde Oscar lo matan". "¿De verdad?!", se puso contento. "Sí, bájese bájese". Sandy pensó que yo lo iba a dejar vivo.

Yo salí del carro, me di la vuelta y cuando él se fue bajando, no dejé ni que respirara. Empecé a dispararle y lo dejé ahí. Yo creía que era lo correcto, me tocó matar al muchacho, porque no se justificaba matar a tres chinos por un gallo. Maté a varios por lo mismo, malinformar.

En Barranca se hicieron cosas muy injustas. Y yo era afiebrada pa' matar, afiebradísima. El día que no mataba, me enfermaba. Me desesperaba ese olor a sangre. Yo salía a buscar y mataba a cualquiera, a veces tocaba legalizar, decirle al comandante que era un guerrillo. "¿Qué pasó Sonia?". "Yo hice un contrato con él". "¿Sí? ¿Por qué?". "Porque yo lo había visto con la guerrilla". Yo me convertí en lo que eran muchos de esos informantes.

Divino y Justo Juez, acompáñame en mi viaje, líbrame de todo peligro o accidente, defiéndeme de mis enemigos y socórreme en mis necesidades.

Amén.

Sandy

En el 2000 íbamos a hacerle un atentado a David Ravega, un funcionario de la Corporación Regional para la Defensa de los Derechos Humanos (CREDHOS). El comandante 70 me mandó a Sandy, un man que había estado en el Ejército. "¿Usted pa' qué me mandó ese man? ¡No! Yo no quiero... lléveselo". Desde que llegó me cayó mal, no sé por qué. "Ese man tiene mucho estudio, es pepa, es serio ¡Sonia déjelo!", me ordenó 70.

Entonces lo mandé a matar al funcionario de CREDHOS. No lo pudo hacer, el contrato era muy difícil, el funcionario tenía como cuatro escoltas, uno tenía incluso ametralladora, y Sandy llevaba solo pistola.

Como empezamos el contrato, pero no lo terminamos, 70 nos mandó una plata. Era un sábado, estábamos en un conjunto residencial y me puse a tomar, empecé a enrumbarme, y a verle el cuerpazo a Sandy. "Vamos pa la piscina". Me lo llevé y a los demás pelaos los mandé a prestar guardia, y claro ahí nos encarretamos.

Al otro día me llamó Esteban: "Sonia véngase para acá para San Rafa". "¿Por qué?". "¡Que se venga!". "¡No, para allá no me voy! Si me van a matar mátenme aquí en Barranca pero allá no". Uno no podía tener una relación sin permiso de la organización. Viajando para San Rafael de Lebrija me di cuenta que Julián Bolívar, el comandante del Bloque Central Bolívar, estaba en la vereda Magará en el

municipio de Sabana de Torres, entonces me desvié y a él le pedí el permiso, porque él era quien nos mandaba a todos.

"¿No me contaron que el primer día que le llevaron a ese muchacho, usted Sonia hizo un aspaviento y yo no sé qué vainas porque no quería a ese man allá?", me dijo don Julián. "Ustedes me lo metieron por los ojos, ustedes son lo que tienen la culpa". Me dijo que sí, pero que no descuidara la organización. Duramos 18 años.

Como comandante yo tenía una responsabilidad muy grande, no podía mezclar las dos cosas, no podía decirle a dónde iba porque no sabía quién era él, ni qué iba a hacer con esa información. Uno desconfía de todo mundo ahí, pero con el tiempo empecé a confiar mucho en él porque nos cuidábamos la espalda. Una vez me salvó.

Estaba en la meseta de San Rafael en una reunión con otros comandantes. Sandy supo que 70 me iba a matar, entonces lo llamó para que ese hijueputa supiera que él y mi familia estaban pendientes de mí. Pero a mí me contaron que ya me tenía el hueco hecho. 70 siempre hacía eso, mataba a la gente y decía que se habían ido para otra contraguerrilla.

Él vivía con rabia contra mí, porque decía que le pasaba mucha información a don Julián. Yo sí reconocía a 70 pero mi comandante era Don Julián. 70 iba muy lejos. Empezó a matar policías y eso no se podía dentro de la organización; nosotros éramos antiguerrilleros, no teníamos que ir contra el Estado. Además, si le decían que alguien estaba robando o traficando con drogas, había que arreglar eso. Se

salió de la razón social que tenía las autodefensas. Cuando todo se acabó a él lo picaron y lo desaparecieron los mismos muchachos que trabajaban con él.

La gente en las autodefensas duraba si mucho dos años, entre ellos mismos se palanquiaban, hacían quedar mal a sus compañeros para que los mataran. Había un comandante que se llamaba Ober Morales, lo mató 70. Sus patrulleros le duraban, si mucho, cinco o seis meses. Los mandaba matar, porque él era así. Los muchachos afiebrados y enfermos por la plata lo vendían a uno. Todo el mundo quería sacar provecho. Me daba tristeza ver que nos estábamos saliendo de todo. Yo le decía a Sandy: "Mi amor, es que nos estamos matando entre nosotros mismos".

Uno andaba contra la pared porque no sabía de dónde iban a llegar las balas. Por eso el 22 de junio del 2002, cuando me capturaron, yo dije, "bueno, agradecida", porque incluso ese día yo iba a matar a Sandy.

A las cuatro le entrego a Sandy

Sandy me la hizo con una patrullera y eso me tenía ofendidísima. Más de uno se había dado cuenta. No respetó que estaba viviendo conmigo y que lo tenía viviendo bien, prácticamente no tenía sino que comer y dormir y ya y de pronto cualquier día limpiarme los fusiles. De ahí todo se deterioró. Además, ella tenía una enfermedad venérea, quién sabrá a cuántos le pegó la gonorrea. Fue muy difícil volver a tener algo con él.

Esa noche del 22 de junio estábamos en una finca en la vereda el Pénjamo. Yo arreglé la guardia. Les dije a los muchachos que se fueran y les pagué ese día. "Váyanse para donde quieran, pero vengan mañana muy puntual a las 6:00 de la mañana". Carlos, uno de mis muchachos, no se fue: "Yo me quedo, señora Sonia". "Bueno, hagamos una cosa, yo voy a prestar guardia", le dije. "Sonia, perdón ¿Usted va a prestar guardia? ¿Está enferma?". "No, yo quiero prestar guardia". El plan mío era recibirle la guardia a Carlos, yo prestaba guardia unas horas, y cuando Sandy me la fuera a recibir, ahí lo mataba, con pistola, porque con el fusil él me desarmaba. Sandy ya se la sospechaba. Cuando quedamos solos yo me comuniqué por radio con todos los puntos de guardia. El del corregimiento La Fortuna que queda a 50 km de distancia, me contestó: "¡Pilas, señora Sonia que por ahí están los pintados (el ejército)!". "De aquí que lleguen acá yo ya me he ido", pensé, pero el Ejército ya estaba adentro de la finca.

Me salí del kiosco donde teníamos que estar vigilando y me senté por ahí, me acomodé el radio y el fusil, puse atrás de mí la pistola. De pronto un sexto sentido me dijo que mirara al frente, cuando vi a un man que me tenía alineada, me estaba apuntando. Yo pensé: "La guerrilla, ¡ah! jueputa nos mató, yo no me di cuenta, ¡Dios mío, la guerrilla!".

Uno de ellos habló: "Somos del Ejército Nacional". A mí se me fue la vida. "Jueputa, nos capturaron", pensé. "¿Quién es usted?, ¿Qué está haciendo ahí sentada?". "Esperando el carro de la leche", respondí. "¿Y para qué?". "Porque voy pa la caliente". "¿Caliente?". "Pa Barranca". Yo los estaba convenciendo. Pero

empezaron a hablarme por el radio. "¿Qué tiene entre las piernas?". Cogí el radio y lo boté. "Yo no sé, ustedes me lo pusieron ahí".

Nos llevaron a Sandy y a mí para el cantón a las 2:00 o 3:00 de la mañana. Carlos sí se salvó por estar fumando marihuana por otro lado con los soldados. Ellos sabían que yo era Sonia, pero no me encontraban, yo no tenía identificación. Me interrogaron. Los tuve tres días que no me podían ni hacer captura porque no me identificaban. Cuando me identificaron que era Sandra Bolaños, ahí sí ni modo. Me bajaron para la cárcel.

Qué lástima, cuánto lo siento

Mi familia se enteró por los medios de comunicación. Nadie sabía, ni la señora que me ayudaba a cuidar a mis hijos. Yo les decía que me iba para una fiesta, que estaba en una finca ordeñando o que trabajaba con Salvad, una librería en Bucaramanga. Yo iba a verlos una vez a la semana y nunca dejé a las autodefensas acercarse a ellos.

Les dio muy duro tanto a mis padres como a mis hijos porque se echaban la culpa. Estuvieron cuatro días dándome duro por RCN y Caracol. En el barrio fue terrible. No lo podían creer. ¿Yo? Cómo era yo de amable, cómo me sentaba y mi forma de hablar. "¿Ese monstruo cómo va a ser la mujer que tenemos aquí de vecina?". Mi familia tuvo que aguantar las indirectas.

Estuve en la cárcel en Barrancabermeja. Todo lo que estaba en el patio 1 y 2 eran las autodefensas, ahí no había guerrillas porque las autodefensas los habían

sacado de los patios. En abril del 2001 hubo una revuelta en la que se dieron bala y hasta tiraron cinco granadas, ahí murieron dos y quedaron 11 heridos. A los sindicatos por rebelión, los mandaron para Bucaramanga y en Barranca solo quedamos los paramilitares.

Me visitaron muy pocas veces mis familiares y nunca de corazón. Iban a pedirme plata, yo allá estudiaba y trabajaba, tenía una miscelánea que se llamaba Jenny, yo vendía ropa por catálogo. También iban a ponerme quejas para ver yo qué hacía desde la cárcel. Nunca me preguntaron cómo estaba, ni siquiera cuando murieron mis padres.

Allá tenía amigas en la cárcel que llegaban a buscarme y abrazarme, a decirme que me querían, para mis cumpleaños estaban pendientes, me hacían cosas en fomi, "para Bolañitos". Yo me daba mucha moral, me decía: "Yo estoy aquí porque fue lo que escogí, yo misma me traje acá". Ante esa situación me tocaba seguir. Me volví alguien positivo.

Ellas nunca me vieron brava, nunca me vieron grosera, nunca me vieron indispuesta, estaba durmiendo y a veces me iban a despertar, o me empezaban a gritar desde los otros patios "¡Bolaños, la guardia nos está golpeando!", de patio a patio nos gritábamos. "¡Cójale el nombre a esa dragoneante!" Y por la mañana a primera hora, yo estaba llamando a Procuraduría, Defensoría, todo lo que terminara en ía.

Allá en la cárcel descubrí que en la vida hay ironías. Yo llegué en el 2002 detenida y un día me enfermé de un dolor de cabeza porque mi encierro me estaba cobrando. Yo era una persona que mantenía caminando, encerrada me estaba volviendo loca, más agresiva y me llevaron para sanidad. Me atendió una enfermera, una señora ya mayor, me aplicó unos medicamentos, me dio fluoxetina, me ayudó a relajar, me compró agua.

Estando en la camilla, le dije que era de las autodefensas. Ella me contó: "A mi hijo me lo mataron, no se supo quién lo hizo". ¿Cómo se llamaba su hijo?", le pregunté. "Le decían Ponchera, él era topógrafo del Llano". Escuché ese nombre y me fui incorporando de la camilla, "¿Usted no sabe quién fue?". No sabían quién había sido, decían que dos hombres. "¡Ay no! Qué lástima, cuánto lo siento".

Iba a hablar con ella todos los días y cuando empezamos a tener más confianza le dije. Estábamos enrollando algodoncito, y me fastidié de tanto que ella me hablaba del hijo: que era bueno, que le ayudaba con todo, que esto y lo otro. "Yo soy Sonia, yo fui la que le maté a Poncheras, pero porque él hizo que me mataran a mi hermano Aldo. ¿Él no le contó lo que hizo por lo ambicioso que era?". Al otro día ella renunció sin decir nada.

El 13 de febrero de 2005 en la noche mataron a mi hijo Alfredo. Alias Piraña, Oscar Leonardo Montealegre, comandante financiero del Bloque Central Bolívar dio la orden y alias Esteven de las AUC lo mató. Un familiar de una víctima mía contactó a alias 300, Luis Fernando Balaguera, y le pagó 400 mil pesos para decir que mi

hijo vivía en la calle, que estaba jalando motos, que hacía cosas malas, lo malinformó con el comandante y por eso lo mataron. Me lo cobraron.

Lo que yo no entiendo, es por qué si sabían que era mi hijo no me dijeron nada. Mi hija fue la que me contó y yo entre esas rejas me llené de odio, de dolor, de desesperación. "Yo le voy a hacer bellezas a ese tipo por lo que hizo con mi hijo".

La mamá de Poncheras, fue a visitarme. "No vengo a juzgarla ni a reprocharle. Vengo a perdonarla y a que usted me perdone también". Yo estaba vuelta nada, perdiendo la cabeza. Ahí la entendí, su dolor, y ella me ayudó, nos reconciamos, nos abrazamos. Fue muy bonito. Después de eso me dieron mi primera condena de 25 años y me trasladaron a El Buen Pastor de Bucaramanga y ella incluso tuvo el gesto tan noble de visitarme.

La verdad

Yo me postulé para Justicia y Paz en diciembre de 2006, y me aceptaron al año siguiente. Yo me sentí como engañada, porque se suponía que me conmutaban los años que ya había pagado. Los ocho años que tenía que pagar contaban desde la fecha en que salía la postulación. Además, fue mortal cuando nos dijeron que teníamos que presentarnos ante las víctimas, yo no estaba preparada.

Desempolvamos todos esos casos que la Fiscalía tenía guardados y archivados. Desempolvé casi 400 hechos. Nosotros nos reuníamos en una sala virtual y mirábamos los archivos, las fotos, los recortes del periódico, los lugares donde se

mataron, porque nunca se hizo dos contratos en el mismo sitio. Recordábamos comandantes y patrulleros, quién lo hizo y por qué, a veces íbamos a los lugares a buscar dónde los enterramos, todo a punta de memoria.

Hay un caso que todavía me duele, ¡y yo le pido tanto a Dios por encontrarlo! Era el 2002 y nos mandaron para el Pénjamo, donde me capturaron. Ya estábamos al final de todo, había prometido no volver a matar a nadie y quería desertar. Una noche muy oscura me llevaron un muchacho amarrado, no sabía que era un menor de edad, él me dijo que tenía 18. "¿Quién me lo mandó?", pregunté. Llamé a 70 y me dio la orden de matarlo.

Le quité la frecuencia al radio y me le senté al lado. "¿Qué pasó mijo? ¿Qué estaba haciendo usted de malo?". Me dijo que estaba robando pa' darle de comer a las hermanitas, que si a él le pasaba algo, la abuelita se moría. Yo me paraba, caminaba y pensé mucho. "No, yo no, no, no puedo matar a este chino, por qué". Finalmente llamé a Sandy y a Carlos. "Vayan y hacen un hueco, hay que hacer ese contrato". Lo hicieron detrás de la finca, siempre retiradito de la casa.

Volví a hablar con el muchacho. "¿Usted es Sonia, cierto que sí?", me preguntó. "Sí". Se veía que tenía mucho miedo. "¿Usted no me va a matar?". "No, no lo voy a matar". Mientras esperábamos me cantó un vallenato.

Espero, que todo lo que diga, pueda ser utilizado en mi defensa

Que Dios esté conmigo en tu conciencia y puedas perdonarme

Yo no quise besarte de repente

Cantaba con un sentimiento que no olvido

Lo siento, quise saber, si me mirabas diferente al resto de la gente

Yo no quiero morir siendo tu amigo

yo quiero es abrazarte

y no sentir el frío de la vida

Todo el tiempo que yo lo cuidé mientras hacían el hueco,

Pero entonces, ¿qué le digo al corazón?

si te está llamando a gritos y tú no quieres venir

¿Cómo voy a detener esta ilusión?

que está a punto de matarme y no quiere irse sin ti

él me estaba cantando.

Y me da miedo vivir

si no me entregas tu amor

¿Qué le diré al corazón?

si está muriendo por ti

Tal vez prefiera morir

si tú le dices adiós...

adiós, adiós...

Aún no puedo escuchar ese disco. Cuando el hueco estaba listo, les ordené: "Le meten un solo tiro, no lo vayan a torturar". Hemos ido varias veces y no lo hemos podido ubicar, el terreno ha cambiado mucho, la faldita en la que lo enterramos se ha desbarrancado y después de tantos años solo le pido a Dios encontrarlo.

Para mí fue muy difícil enfrentar a las víctimas y contarles la verdad. En las versiones libres de 2009 se me presentó la mamá de Ober, un muchacho que yo conocía, al que después de pegarle el tiro me di cuenta que lo habían era malinformado. En la sala nosotros no podíamos ver a las víctimas, pero ellas si nos podían ver. La señora me perdonó y me preguntó si podía ir a verme y darme un abrazo. Uno sí tenía miedo porque por ejemplo a un compañero un señor le dijo lo mismo, pero era para pegarle. Yo consentí. Eso fue... horrible, me impactó mucho porque ella de verdad me perdonó.

También hubo otros que no lo hicieron. Una muchacha me dijo: "Que la perdone Dios, yo no la perdono. Usted me quitó lo que más quería", con ella me acordé de lo de mi hijo. No es fácil. Uno de esas audiencias sale cargado, yo llegaba a la cárcel muerta, no quería pararme de la cama. Era agotador, y me preguntaba: "¿A qué hora hice yo eso?". Uno entiende el dolor de las demás personas y por eso peor.

Salí en libertad el 15 de noviembre de 2015. Tuve temor al salir, porque adentro había mucha guerrilla y por aquí por la 45, en Bucaramanga, antes de llegar a la reclusión de mujeres había una zona con mucha vegetación, que se presta para muchas cosas, ahí un golpe lo dan y cagados de la risa se van. Por eso cuando fui

a salir la ACR, Agencia Colombiana para la Reincorporación, hizo los contactos con la Unidad Nacional de Protección para sacarme de allá.

Viene por mí o hago un desastre

Tengo dos hermanas que viven aquí en Bucaramanga, pero al salir de la cárcel solo me quedé tres días con una de ellas. La hija se levantó ese tercer día con rabia y me rompió un televisor que me regalaron y al decirle que me lo tenía que pagar llamó a la policía. En ese momento la odié. No me había llegado el apoyo económico de \$480 mil que el gobierno le daba a todos los desmovilizados para reintegrarse y me tocó salir de la casa con las dos mudas de ropa que saqué de la cárcel. Pensé: "Dios, usted ya me ha cobrado mucho, déjeme respirar, usted me ha dado muy duro, por favor".

Llamé a mi psicólogo de la ACR. "O viene por mí o yo hago un desastre. Mi hermana me acaba de echar, no tengo para donde irme y usted lo sabe". Él me llevó para una casa cerca de donde vivía mi otra hermana y le dijo al señor que me lo arrendó que le daba la plata al otro día. El señor después me preguntó "¿Y las cosas?", los muebles, la cama, todo. "Mañana". Mentiras, yo no tenía nada.

Esa noche me tocó dormir en el piso. Mi psicólogo me compró una sábana que todavía la conservo. "No tengo tampoco plata Sandra, es la único que le puedo dar". "No importa, yo estoy enseñada a menos". Al otro día organicé con la señora del frente para la comida y yo le pagaba quincenal. Tres días después, él me llamó:

"Sandra vaya al cajero, ya le llegó el apoyo". Me compré una colchoneta y un ventilador.

Me fui haciendo mi vida, ahorrando, comprando mis cositas poquito a poco. Sola. Ahora vivo cerca del puente de Bucaramanga, en un cuarto arrendado. Vivo con María Isabel, una muchacha que es enfermera. Maria Isabel es víctima de las Farc. El esposo era policía de antiexplosivos, murió desactivándole un collar bomba a una señora que desafortunadamente se explotó.

Ella es la persona que está conmigo, que vive, que sufre, mejor dicho, que me ve llorar, que me ve cuando estoy triste, me ve cuando estoy alegre, me cuida cuando estoy enferma, vamos a la iglesia y nos ayudamos mutuamente. Aunque no es lo mismo que una familia.

En febrero de 2016 conocí a Pedro Merchán. Un hombre terrible que me flechó automáticamente. Él estaba comprometido y vivía con alguien más, pero duramos dos años largos. A los dos meses de estar juntos yo le conté, le dije que buscara mi nombre en Google y ahí decidía si seguíamos. Al otro día me llamó, dijo que no le importaba y yo le creí todo su cuento. Con el afán de sentirme bien, de sentir lo que me faltó tanto tiempo en la cárcel, llegué hasta el punto de querer alzarlo para que no pisara la tierra. Un apego dañino.

Él me empujaba a hacer cosas que no estaban bien. Me llamaba cuando tomaba. "Acá hay una persona que me la está montando y me amenazó ¡Vengase y verá!". Yo iba a comprarle las peleas y me metía sin siquiera saber si era cierto. Durante

tres meses vivimos juntos en mi pieza. Cuando nos dejamos, él no se llevó nada, se lo boté todo. A pesar de la esperanza, nunca me habló para arreglar lo de una Suzuki 125 azul mía que se llevó, y para devolverme una plata que yo le había prestado. "Alguien tiene que parar contigo porque no puedes ir por el mundo atropellando y burlándote del dolor de las demás personas", pensé.

Quería matarlo y después matarme, retroceder, volver a Sonia. Hirió mi ego y destrozó mi estabilidad emocional. Tenía rabia conmigo de ver que me había equivocado después de tanto... ¡Otra vez me equivoqué! Mari me acompañó en el duelo y me detuvo. Me tocó ir a un hospital psiquiátrico, decirle a los de la ACR que estaba muy mal y que me ayudaran porque yo no quería cometer errores; que me dejaran todo un día allá hasta que se me pasara la rabia.

A pesar de todo, he hecho muchas cosas y salido adelante. En el 2012 con el escritor Charles Carcabed yo publiqué un libro llamado ***“Las mujeres podemos amar pero también matar”***. Un libro donde está mi vida, mi historia y también los más de 100 crímenes que yo cometí. Ya ha vendido más de 3000 copias. Al salir de la cárcel me puse a estudiar en el Sena y soy auxiliar de enfermería, ya estoy terminando la tecnología en Gestión Administrativa. Con mi historia, el actor Jorge Camargo me propuso sacar una serie de televisión, todavía estamos en los casting.

También he estado dando conferencias con el Sena, en la Universidad Cooperativa de Colombia y en la Universidad Santo Tomás. Recuerdo tanto que dos o tres meses después de salir en libertad me llevaron a un foro sobre paz y convivencia

en la Santo Tomás. Cuando me doy cuenta de que el auditorio estaba lleno, ¡los dos pisos!, yo vi más de 600 personas. Pensé que no sería capaz. “Aquí tengo que encontrarme con algún familiar de una víctima y yo sé que me van a volver añicos”.

Hablé y de entrada pedí perdón. Cuando estaba allá una persona va, me jala del pelo y me dice: “Yo soy víctima suya, usted mató a mi tío en Barrancabermeja, en el barrio Recreo en el año 2001”. Ahí me asusté mucho... “Pero le quiero decir que la perdono, porque no es fácil poner la cara y decir ‘yo fui’ ¿Me deja yo le doy un abrazo?”. Yo no lo podía creer, se me escurrían las lágrimas. La sorpresa más grande mía fue el respeto de la gente.

Soledad

Hablo mucho con dos de mis hijas, pero hay otra con la que quiero mejorar la relación. Me gustaría reconciliarme con ellas, que fuera algo bien bonito con acompañamiento. Una de mis nietas tenía el libro escondido, quiero que me pregunte cosas y tener la oportunidad de compartir con ellos mi vida. Mis hermanas sí me tienen muy olvidada.

Estar en libertad no es una felicidad completa, yo creí salir y poder encontrar a mi familia, apoyo, comprensión. Sí, yo me equivoqué, pero cuando estaba equivocada y era Sonia todo el mundo quería estar al lado mío y tomarse fotos, económicamente me buscaban y yo estaba ahí, pero cuando caí...

Hace poquito fui a ver las tumbas de mis padres y mi hijo. Para mí fue muy duro, después de 16 años, de sufrir sus muertes lejos y encerrada, apenas venir a saber

a dónde quedaron ellos y entender que estoy vacía porque ellos me hacían mucha falta. Sé que si mi mamá estuviera viva, yo estaría en Barranca. Mi familia resumida en mis hermanos no está y veo que ya lo he perdido casi todo. Me siento sola.

“Yo le di la vida, pero si me toca quitársela, se la quito”

Tener hijos no es fácil. Ellos no comprenden que cada cosa que uno hace es por su bien. Por eso mi hijo no entendió en su momento que si no tuvo un padre fue porque Dios se lo llevó, que si me llegó a ver pasada de tragos es porque no me quedó otra alternativa, y que si discuto con él es porque no quiero que repita mi historia. Tiene quince años, se salió de estudiar, y ya se está dejando llevar por las drogas. Yo no sé qué hacer, y me da miedo que su hermano menor, de once años, repita sus pasos.

Ante su negativa de estudiar, le busqué trabajo en un negocio de comidas rápidas, y trabajó por un tiempo, pero lo que ganaba se lo gastaba en trago y en vicio; lo metí a una academia de barbería, porque quería estudiar eso, y tampoco terminó; incluso, lo llevé por un tiempo a una fundación para que dejara el vicio, pero se salió.

Yo estoy cansada, él no pone de su parte. Hoy mismo, antes de que vinieran a escuchar mi historia, peleé con él, porque odio que se atreva a consumir en la casa. Y lo que más me duele es que es un reflejo propio. Parece iniciando el camino que yo recorrí.

Cuando tenía diez años probé la marihuana. Pero lo hacía con mis amigos en la calle, en algún sitio escondido. Solo una vez lo hice en la casa, estaba lloviendo y no tuve de otra. Pero no me quedaron ganas de volverlo a hacer. Me encerré en el baño y, cuando salí, me recibió mi mamá con un martillo en la mano. Me quería pegar con eso. Tenía la costumbre de darme con cualquier cosa. Y a la cara. A mí no me importaba, aguantaba el dolor, pero debía cubrirme.

Lo malo del vicio es que siempre lleva a otras cosas. De hecho, la vida en la calle me llevó a la vida en la guerra. Fue la rebeldía que sentí estando muy niña la que me llevó por ese camino. Por eso me preocupa mi hijo. Pero la historia no comienza con él. En realidad, mi vida estuvo enredada desde el principio.

Nací el 2 de julio de 1985 en una familia dividida. Mis padres se separaron cuando yo tenía cuatro años. Éramos cuatro hermanos. Los dos más pequeños se fueron con mi mamá, y las más grandes nos quedamos con mi papá, quien nos llevó donde mis abuelos. Él nos daba todo lo que necesitábamos, y nos veía siempre que podía, con mi madre, en cambio, apenas tenía comunicación. Se había ido a Cúcuta, nosotros nos quedamos en Bucaramanga.

Me criaron mis abuelos maternos, el abuelo Julio y la abuela Carmen. Eran regañones y estrictos. Perteneían a la religión cristiana, y siempre nos trataron de meter en ella. Me movía entre el colegio, la casa y la iglesia de ellos. Iba a la iglesia porque si no me obligaban a hacer el aseo de la casa. No me dejaban salir, y las únicas amigas que tenía eran mis compañeras de la escuela. Viví unos años muy tranquilos.

Pero todo cambió cuando mi papá murió. Mejor dicho, cuando lo mataron. Todos decían que había tenido problemas con unos amigos, pero luego dijeron que había sido la Mano Negra. Cuando eso se escuchaba mucho en Santander. Era un grupo que hacía "limpieza social". Había policías y gente del F2 ahí metida. Mataban ladrones, drogadictos, prostitutas. Pero también mataban porque sí.

Mi papá era bueno. Trabajaba como soldador, le gustaba el fútbol, y era profesor de karate. Cuando lo mataron, yo tenía nueve años. Fue cuando todo cambió.

Mi mamá regresó con mis hermanos, y yo empecé a vivir entre la casa de ella y la de mi abuela. Iba de un lado a otro. A mi abuela no le gustaba que yo fuera donde mi mamá porque eso allá estaba lleno de marihuaneros. Donde mi mamá todo empezó a dañarse. Yo tenía rabia, se había muerto la persona que más quería en la vida, me quería vengar, y todo me dejó de importar.

Empecé a sentir una amargura que solo se atenuó cuando conocí a mis amigos. Adrián, Jeño, Over, Gallo, Nereida, Juli... Teníamos como 10 años y andábamos en las mismas. Nos refugiamos en las drogas. Mi abuela ya me había amenazado: "O

es allá o es acá”, me dijo. Y yo no dudé en preferir la casa de mi mamá. Tenía a mis amigos, mi libertad, mi escape. Estaba cansada de no poder salir y de sentirme sola donde mis abuelos. Donde mi mamá adopté una nueva rutina. Dejé de estudiar y lo único que deseaba era que se acabara la tarde para encontrarme con mis amigos. Nos veíamos en un andén y a veces caminábamos a cualquier manga a fumar. Con ellos probé la marihuana.

“Si no le han dado de comer...”

Lo peor comenzó cuando mis abuelos supieron que fumaba marihuana. Estábamos en la casa de ellos y mi hermana me delató en medio de una reunión familiar que arruiné por completo. Tenía un tío que era sargento en la Policía de Carreteras. Él se paró, me cogió las manos, las miró, y lo confirmó delante de todos: “usted está fumando marihuana”. Por eso ese mismo día, en esa misma reunión, tomaron la decisión de enviarme a vivir con él. Para mis abuelos la disciplina de mi tío crearía el entorno adecuado para mí. Me tocó ayudar en esa casa. Además de limpiar, me ponían a cocinar y a cuidar a mis dos primos. Estaba triste y aburrida. Y eso que las cosas apenas iban a empezar. Mi tío cambió conmigo. Solía acercarse y mirarme de una manera rara. Yo tenía 10 años y no entendía bien las cosas. Un día, estando sentados en la sala de la casa, me mostró sus partes íntimas. Yo empecé a vivir un infierno...

Cada que podía me miraba y me mostraba su cuerpo. Luego me empezó a tocar. No le importaba si estaba la esposa o los hijos. Aun así me sentía segura cuando

estaban todos. Cuando estaba sola, o se hacía de noche, mi martirio era peor. Siempre que me manoseaba me amenazaba. “Cuidadito llega a decir algo, cuidadito”. No le importaba mi rechazo ni la rabia que me daba.

“Deje la puerta abierta que yo esta noche me le meto”, me decía. Y yo no dormía. Ponía la mesa de noche, la mesa de planchar, y lo que encontrara, para trancar la puerta. Pasaba las noches a medio dormir, con miedo de que la puerta se abriera y él entrara y me hiciera algo. Sentía que lo odiaba. No entendía cómo un policía podía ser así. “Por eso es que los matan”, pensaba.

Un día estaba con la esposa de él. Solo nosotras dos. Estábamos haciendo el almuerzo. Ella había puesto a hervir agua para hacer una sopa, y como iba a salir a comprar algo, me pidió que le pusiera cuidado al fogón y que le echara las verduras. Ella salió. Un instante después llegó mi tío.

Me sentí insegura. Él entró y se dirigió a la habitación. “Tráigame la pantaloneta que está en el patio”, me dijo. “Estoy ocupada”, le respondí. “¡Tráigamela!”, gritó. Yo fui por ella y se la llevé, pero no entré a la habitación, estaba nerviosa, así que llegué a la puerta y se la tiré. Él se enojó y me ordenó que se la entregara en las manos, yo le hice caso, pero justo cuando me agaché a recogerla, me di cuenta que estaba desnudo. Me sorprendí. Él me cogió y me arrojó a la cama. Estaba muy asustada. Quería quitarme la ropa, pero yo no me dejaba, sacaba fuerzas y me defendía. Era el cuerpo de un hombre mayor contra el de una niña, pero yo sentía que no me podía dejar ganar. Y me invadió una rabia inmensa durante esos instantes. “Si a

usted no le han dado de comer, yo le doy de comer”, me decía él. Y yo, forcejeando, le respondía: “Malparido, por eso es que los matan”.

Fueron unos instantes eternos. Me estaba quedando sin fuerzas. Pero por fortuna me salvé. Se escuchó el perro de la casa ladrar porque había regresado la esposa de mi tío. Yo salí de esa habitación y me fui para la mía, y la señora, al verme allá, me regañó y me ordenó regresar a la cocina. La impotencia que sentí se me transformó en lágrimas, pero trataba de aguantarme la rabia.

Siempre que todos se iban, o estaban distraídos, yo cogía el teléfono y llamaba a mi abuela. Tenía que hacer algo para irme de ahí. Pude descansar de ese infierno un día que la visitamos. Yo le rogué que me dejara regresar. Mi tío se enojó: “Usted lo que quiere es coger los mismos vicios”. Y yo no sabía cómo contar lo que él me había hecho. Sentía vergüenza y pensaba que no me iban a creer. Entonces no lo conté. Pero le prometí a mi abuela que me portaría bien. Creo que mi insistencia le hizo intuir que pasaba algo y aceptó.

Las cosas no estaban bien en Lebrija. Los paramilitares estaban llegando y varios de mis amigos, aun siendo muy niños, estaban trabajando para ellos. Por esos días, más que antes, me agobiaba el recuerdo de mi padre. No entendía por qué siempre me iba mal. Y no sabía qué hacer. Así me la pasé como por un año, hasta que conocí al papá de mis hijos.

Yo andaba la calle con mi amiga Nereida y su hermana Mery, fue ella quien me lo presentó. Se llamaba Osvaldo y era 15 años mayor. Desde que nos vimos mostró

Las tareas eran simples. Me ponían a ranchar, también me tocaba buscar leña y prestar guardia en las noches. La compañía de Osvaldo me salvó de muchas cosas. Como yo era su pareja, los demás guerrilleros me respetaban, en cambio a mis compañeras no.

Recuerdo que a los cinco meses de yo ingresar al grupo llegó una muchacha. Era mona, acuerpada, zarca, muy bonita. Apenas tenía 15 años. Su alias era Karina. Con ella lo comprobé; allá, si usted tiene su pareja, usted es respetada por los demás hombres, pero si está sola, tiene que ser la mujer de todos. Pa acabar de ajustar la muchacha era simpática y coqueta. Al principio vivía bien, era muy admirada, pero después la acosaron todos los guerrilleros. Era verdad que las mujeres debían aceptar ser de uno, o de todos. Ella estaba cansada de eso, me decía que se sentía violada al estar con distintos hombres y no poder protestar.

Después de un tiempo quedó embarazada. La barriga le creció y se veía distinta, entonces le hicieron una prueba de embarazo que salió positiva. Ella le dijo al comandante que quería tener el bebé. Y no temió decir que estaba dispuesta a irse si era necesario. Pero el comandante no la dejó. “Si usted se va, se muere. Usted de aquí no sale. Además no es lo que usted quiera, nosotros decidimos”. Las mujeres teníamos la obligación de planificar. Allá nos daban las pastillas. Y la que no se las tomara, y saliera embarazada, ya sabía qué le tocaba.

A Karina no le quedó de otra que aceptar la orden y abortar. Primero le dieron unas pastillas y empezó a sentir unos dolores muy fuertes. Se revolcaba del dolor. Luego la acostaron en una camilla hecha con tablas y sábanas. Fue una experiencia

horrible. No nos atrevíamos ni a mirar. Solo escuchábamos unos gritos que nos asustaban mucho. Las condiciones eran malas, no había anestesia ni médicos que le ayudaran a la compañera a abortar.

Yo me asusté cuando vi que un compañero le estaba introduciendo algo. Quería acercarme más pero no era capaz. Sentía asco. Estaba aterrada con lo que estaba pasando. Pensé que le estaban sacando las tripas. “Ay Dios mío, pero qué le están haciendo”. No aguantaba esos gritos, era como una impotencia y una tristeza por la compañera. Después de eso, Karina quedó postrada en el cambuche como dos semanas.

La vida en el monte continuó, y yo cada vez me aferraba más a Osvaldo. Recuerdo que teníamos un cambuche para los dos, pero no teníamos intimidad, él siempre fue reacio, por todos los ojos que nos podían estar mirando, más bien, cuando podíamos, nos volábamos para algún pueblo cercano. Aunque no era muy romántico, me brindó la seguridad que siempre había querido. Al principio lo apreciaba porque me daba protección y compañía. Lo asociaba con mi padre. Después me fui enamorando de él.

Cocodrilos

Cumplí 15 años cuando nos cogieron los paramilitares. Llevaba dos años en la guerrilla y estaba haciendo un mandado con Osvaldo. Íbamos en un bus por toda la Panamericana, cerca de Puerto Araujo, cuando nos detuvo un retén de las autodefensas. En ese entonces era normal que un guerrillero se volteara y terminara

trabajando para los paramilitares. Para ellos era estratégico combatir a la guerrilla teniendo conocimiento de primera sobre sus movimientos. Por eso, cuando detuvieron el bus, lo que nos delató fue un pequeño bulto de panfletos que teníamos, y un guerrillero que ahora trabajaba con los paramilitares. Nos reconoció y nos delató. Nos llevaron hasta Puerto Boyacá, nos metieron en un calabozo y nos interrogaron. Osvaldo nunca dijo nada. Yo tampoco. Las únicas pruebas que nos inculpaban eran los panfletos y el excompañero. Los paramilitares sabían quiénes éramos, pero no nos hicieron daño, y decidieron hacernos una oferta: “Si los soltamos los van a matar. Van a decir que están haciendo inteligencia con nosotros. Más bien quédense trabajando acá”.

Era cierto. Si regresábamos a la guerrilla, nos podían matar. Osvaldo dijo que no había de otra, entonces aceptamos. Nos enviaron a Bucaramanga, y a Lebrija, donde había empezado todo. Había salido de Lebrija para entrar a las Farc, y ahora volvía como paramilitar. Mi nuevo trabajo consistía en vigilar quién entraba y quién salía del pueblo. Mi antiguo grupo era ahora mi enemigo. No podíamos permitir la entrada de ningún guerrillero a la zona.

Pero las tareas cambiaron. El bloque había crecido mucho. Llegamos a todo el Magdalena Medio, el Sur de Bolívar y Santander. Muchas cosas se habían salido de control. Un día estaba patrullando en San Rafael de Lebrija, un corregimiento de Rionegro. Estábamos cerca de un río, esperando para recibir un encargo. Respondíamos al mando de Camilo Morantes, comandante de las Autodefensas

Unidas de Santander y el Sur del Cesar. Era muy conocido. Fue el responsable de la famosa masacre de 1998, en la que asesinaron 35 personas en Barrancabermeja. Con esta masacre, que fue concertada con militares y funcionarios de Ecopetrol, se ganó la confianza de Carlos Castaño. Pero esa confianza no duraría mucho. Morantes se le salió de las manos, como muchos otros comandantes. Por eso fue asesinado después, en 1999, por orden del mismo Castaño.

Ese día en el río me dijeron que Morantes quería que yo le ayudara con algo. Entonces fui donde él. En ese momento llegó un carro lleno de cadáveres. Eran unos muchachos muy jóvenes. No sé de dónde los trajeron ni por qué los mataron. Cerca estaban los cocodrilos. Hacía mucho que los habían traído desde África. Muchas fueron las personas que mis comandantes ordenaron arrojar. Vivas y muertas. Ese día su alimento serían los cadáveres del carro. Tiraron uno al suelo. Había que abrirlo antes de arrojarlo. Morantes me dio la orden: “Sáquele las tripas, y las tira al río”. Yo me asusté. “Yo no soy capaz de hacer eso”, le dije. Osvaldo intervino, dijo que eso no me correspondía, y Morantes se enojó. “O lo hace, o la matamos”, me gritó delante de todos. Entonces no dije nada más.

Me entregaron un cuchillo. Un compañero me daba indicaciones. Yo lo clavé y empecé a abrir ese cadáver. Tenía que hacer mucha fuerza. Se sentía grueso y olía a mortecina. Era como abriendo una vaca o un cerdo. Le saqué las tripas y las tiré al río. Pero ahí no paró todo. Había que llenar el cuerpo de rocas antes de arrojarlo. Yo estaba bañada en sangre y ahogada del olor.

“Yo le di la vida...”

Por esos tiempos me sentía muy enferma, cada vez más, hasta que supe la razón. Estaba embarazada. Y así, con un bebé creciendo en mi barriga, me tocó vivir la guerra. Un día, teniendo yo cuatro meses de embarazo, la guerrilla nos atacó. Estábamos en Yarima, en San Vicente, y fue un combate sangriento. Yo tenía un fusil f15. Recuerdo que disparé como pude y luego salí corriendo. No quería que me pasara algo. Entré en pánico. Sentía que me podían dar un tiro en la barriga. Corrí por una montaña y salí hacia una finca. Ahí me quedé, pero como la guerrilla estaba cerca, me fui de ahí y me escondí en un hotel.

Al conflicto con la guerrilla se le sumó otro. Nuestro bloque, el Isidro Carreño, entró en disputa con el Bloque Central Bolívar. Se habían roto unos viejos pactos hechos por los comandantes para que ninguno de los dos bloques se metiera en el territorio del otro.

Estuve sangrando mucho por esos días, eran síntomas de aborto, entonces me mandaron para Campo 23, cerca de Barranca, a trabajar de urbana. En Campo 23 pude visitar un médico. Mi esposo ya no estaba. Lo habían nombrado comandante. Dependiendo de la zona, podía tener entre 20 y 50 hombres a su cargo. Yo vivía en un hotel.

El trabajo de urbana era fácil. Debía ir a los negocios y cobrar 3.000 pesos por cada canasta de cerveza que vendieran a la semana. Algunos vendedores se quejaban, pero siempre pagaban. Los que más daban eran los dueños de las discotecas. En ese tiempo teníamos un sueldo de un millón cincuenta cada tres meses, pero como nos daban el alojamiento y la comida, ese dinero nos quedaba libre. El niño nació y

me tocó llevarlo a todas partes. Si iba a los negocios a cobrar, él iba conmigo. Luego, la guerra se intensificó tanto, especialmente con el Bloque Central Bolívar, que nos trasladaron para Puerto Boyacá, a la base militar.

Allá viví los primeros meses de mi hijo de una manera agradable. Aunque no dejaba de ser extraño. Nadie se imagina a una mujer con su bebé en un campamento paramilitar. Ser la esposa de un comandante ayudaba mucho. Pero como tenía que contribuir en algo mientras estaba allá, me tocó prestar guardia. Mis compañeros y mi esposo me ayudaban a cuidar el niño, de resto, yo permanecía siempre con él.

La base era inmensa. Albergaba casi 300 paramilitares. Dormíamos en hamacas, en unos salones grandes, con techo, pero abiertos. El niño era la sensación. Lo alzaba el uno, lo alzaba el otro, lo molestaban, le cortaban el pelo.

De alguna manera en las autodefensas me sentía acogida. Además, empecé a aceptar los postulados que defendía. La guerrilla me parecía mala. Todas esas situaciones que viví con ellos me hicieron pensar mucho. Ellos atacaban pueblos, niños, mujeres. No combatían nada, no había un ideal. Por eso combatimos a la guerrilla, para que no siguiera haciéndole más daño al pueblo. En las autodefensas también se mataba gente pero era porque la debía, y no lo hacíamos todos, había quien hiciera el trabajo sucio.

“¿Usted cree que sigue tratando con la misma niña?”

En la base duramos casi medio año, pero todo se dañó. Era como el 2004. Teníamos el Ejército encima, entonces nos tocó irnos al monte. Eran tiempos duros. Cada vez más combates, más peligro. Los compañeros me aconsejaron enviar el niño donde mi familia, pero yo no quería. Íbamos a realizar unas operaciones especiales, entonces propuse dejarlo donde alguien que estuviera cerca, pero no me lo permitieron. El comandante dijo que la guerrilla podía buscarlo y hacerle daño. Además, temía que yo dañara algún combate u operativo por devolverme a buscarlo. Entonces al final decidí entregárselo a mi mamá. Cuadramos un punto de encuentro y se lo entregué. Pasó un par de meses, y yo me enfermé por dejar de amamantar. Cuando llamaba a preguntar por el niño, mi mamá decía que estaba bien, pero yo no le creía, por eso apenas pude, fui y lo busqué. Tenía 19 años y no había sacado la cédula. El comandante me aconsejó ir, sacarla, y visitar el bebé. Llegué sin avisar, y me encontré con mi bebé agripado, con la cara raspada y sucio. Así que me lo llevé.

Luego visité a mi abuela, y allá me encontré, después de muchos años, con mi tío. Yo ya era una mujer. Ese día estuve allá con mi abuela y una tía que vivía con ella. Mi tía hacía trabajos de joyería, y en esas estaba cuando se escuchó la voz de mi tío. Llegó saludando duro, como siempre. Mi tía estaba en el lavadero, y yo sentada en la sala. Él entró. Yo fingí ignorarlo. Apenas me vio se acercó y me habló. “Hola sobrina”. “Hola”, le respondí. No quise ser grosera. Pero él me empezó a decir cosas. “Usted está buena como siempre, no cambia”. Luego me fue a coger la

mano. Me molestó mucho. “¿Qué le pasa? Respéteme”. Lo miré directamente a los ojos, tenía rabia. “¿Usted cree que sigue tratando con la misma niña o qué?”.

Mi tía, que había visto todo, se me acercó cuando mi tío se fue, y me preguntó qué me había dicho él. Yo le dije que nada, porque no quería contarle. Pero ella insistió. “Llame a mi abuela y a mi mamá, y siéntese que les voy a contar algo”. Las dos llegaron y escucharon mi historia. Había pasado casi una década desde que viví ese tormento.

Mi mamá se sorprendió, pero no fue mucho lo que dijo. Mi abuela se sintió muy mal escuchando todo. No entendía por qué no le había contado. Yo le expliqué que estaba en desventaja. Nadie creería la versión de una niña rebelde y marihuana, y menos si involucraba al hijo preferido de la abuela. Mi tía recordó que no fui la única en quedarme un tiempo en la casa de él, varias primas estuvieron allá. Entonces le preocupó que a alguien más le hubiera pasado.

“Yo ahora soy igual que ustedes”

El tiempo pasó. Yo había vuelto al grupo y las cosas habían cambiado. Era finales de 2005 y las puertas para regresar a la vida civil se empezaban a abrir. Nos citaron a todos los patrulleros, y Botalón, nuestro comandante, nos explicó que los altos mandos habían tomado la decisión de entablar unos diálogos con el Gobierno. Dijeron que eran muchas las garantías y beneficios, y que era una orden de Carlos Castaño. En se entonces, estábamos en Puerto Araujo.

Recuerdo que hubo críticas entre los combatientes, pero los comandantes fueron determinantes: "El que no acepte, lo entregamos a la ley para que lo capturen, o si no, lo matamos". Para mí, en cambio, era la mejor oportunidad. Ya estaba cansada de vivir sintiéndome perseguida. Apenas tenía 20 años, y pensaba que si no hubiera andado por ese camino ya estuviera viviendo bien, y quizás sería una profesional. También tenía dudas, desconfiaba mucho del gobierno, pero al final, hablando con mi esposo, llegamos a la conclusión de que era lo mejor que podíamos hacer.

Entonces nos concentraron en el Marfil, más allá de Puerto Boyacá. Ahí estuvimos un par de meses, mientras nos explicaban el proceso y nos atendía cada ente del Estado. Hasta que nos dejaron libres. Nos mandaron en camiones y buses para todas partes. Cada uno cogió su camino.

Nosotros nos fuimos para Puerto Araujo. Allá había una casa que le pertenecía al grupo. Yo me acerqué a Botalón y le pedí que me regalara esa casa. Ahí me quedé con mi esposo y mi hijo, intentando crear una nueva vida. Mi esposo se juntó con varios compañeros y crearon una microempresa de prefabricados. Trabajaban haciendo estacones para las fincas y ladrillos de cemento. Yo trabajé como auxiliar de tráfico por medio año hasta que supe que estaba embarazada.

Ahora tenía un niño de cinco años y un bebé. Me dediqué a cuidar los niños y a terminar el bachillerato. Pero fue un error habernos quedado en esa zona. Muchos compañeros siguieron delinquiendo. Secuestraban y extorsionaban a las personas. Y como mi esposo había sido comandante en esa zona, era usual que lo

relacionaran con todo lo que pasaba. Pero él ya había dejado esa vida. "Yo ahora soy una persona igual que ustedes", le decía a todo mundo.

En algún momento secuestraron a la esposa de un finquero muy adinerado, y el Gaula y la Policía la rescataron. Lo malo fue que eso no quedó ahí. El señor quiso vengarse, se propuso matar a todos los desmovilizados que habían tenido que ver. A mi esposo lo mataron un día que iba a cobrar por un trabajo. Iba en su moto, y desde otra moto le dispararon. Fue el primero de muchos que morirían por eso. Pero el único inocente. Lo mataron dos semanas antes de que el niño cumpliera un añito.

La injusta muerte de mi esposo me hizo sentir rabia. Deseé vengarme. Pero luego traté de desechar esas ideas. Enterré a mi esposo en San Pablo y le entregué los niños a mi mamá. Yo me quedé un poco más para terminar mis estudios. Hasta que empecé a notar algo raro. En todas partes me encontraba al esposo de la señora, el que había prometido acabar con los desmovilizados. Cada vez sucedía más, me sentía perseguida. "Este man me va a salir matando", pensaba.

Decidí hacer algo. Tenía rabia porque mi esposo no había tenido nada que ver. Subí a hablar con los patrones. Como Botalón no estaba, hablé con don César y Ponzña, los subcomandantes. Les conté de la muerte de mi esposo, aunque ellos ya sabían y estaban tan indignados como yo. "No se preocupe que algo hacemos. Eso se soluciona", me dijeron. Unos días después me crucé con el muchacho que hacía las vueltas, el sicario del grupo, y me dijo: "No se preocupe, ya se va hacer justicia".

Como al mes y medio mataron al señor. Yo me fui de ahí.

...

Nos fuimos a Barranca, donde vivía mi hermana con sus tres hijos. Como era desmovilizada, el gobierno me daba un incentivo por estudiar, y como no era mucho, trabajé haciendo aseo en una empresa como por tres años. Pude darles a los niños lo que necesitaban, pero ya no podía pasar tanto tiempo con ellos. El niño pequeño entró a la guardería y el otro a la escuela.

Luego conocí a Javier Mogollón, mi actual pareja. Un día salí con Ismael, un amigo mío de Barranca con el que solía beber, y me presentó a Javier. Un señor muy mayor que trabajaba en una entidad financiera y que siempre me coqueteaba. Con el tiempo nos gustamos y establecimos una relación. Y con él, como con Ismael, acostumbraba salir a beber. En esos tiempos estaba muy aferrada al trago.

En el 2014 la ARN decidió incorporar desmovilizados en su equipo de trabajo. Revisaron que hubiéramos cumplido los compromisos, que de verdad tuviéramos una nueva vida. Yo salí favorecida. El trabajo era bueno, no tan pesado como el otro, y cumpliendo una labor que me empezó a gustar. Debía ayudar a prevenir que otras personas vivieran lo que viví yo. Barrancabermeja tenía mucha delincuencia, heredada del paramilitarismo. Yo debía visitar zonas y concientizar jóvenes para que no cayeran en ese camino.

Dos años duré en ese trabajo, en el 2016 lo perdí. Por una decisión del Gobierno a todos los que nos habíamos desmovilizado nos iban a aparecer antecedentes

legales, y como la ARN pertenece al Estado, yo no pude renovar mi contrato. Lo malo era que si en el sector público no nos contrataban, en el privado menos. Fue así que empezó una etapa muy dura para mí. Hubo mucha escasez en mi hogar, y no me quedó más alternativa que utilizar la moto que tenía para piratear. Llevaba pasajeros de un lado a otro por toda la ciudad. Ahí me hacía unos pesos, pero era muy poco. Javier nos ayudó mucho en esos tiempos.

Luego recibí una buena noticia. Una coordinadora de la ARN me llamó en octubre. Me dijo que había un trabajo, pero que era distinto al que hacía antes. “Sandra, es para que trabaje con las niñas del aseo, aquí mismo en la oficina. No sé si usted está interesada”. “Yo me le mido”, le dije. Entonces trabajé en esa área todo el 2017, y ya en 2018, entré nuevamente a trabajar como promotora, en el trabajo que tenía antes. A raíz del proceso de paz con las Farc, crearon una ley que le permite a los excombatientes contratar con el Estado.

Tuve una etapa problemática con Javier. El licor me había vuelto celosa y agresiva. Constantemente lo veía con otras mujeres y eso me molestaba. Incluso, me llegó a denunciar por lesiones y agresión. Un día estábamos bebiendo. Él por su lado y yo por el mío. Me tomé unas cervezas, y decidí irme para la casa. Pasé a su lado y lo vi con una muchacha, pero no sentí nada y seguí derecho. De camino a mi casa me desvié porque vi algo raro en la casa de Javier. Su moto estaba afuera medio atravesada, y la puerta estaba abierta. Pensé que seguramente estaba muy borracho y se había echado a dormir. Pero como no hace nada lo había visto con la

muchacha, me dio curiosidad y entré. Ese fue el error. Me dirigí a la habitación y allá estaba con ella.

Sentí demasiada rabia. Y más cuando la muchacha empezó a gritarme. "¿Qué hace esta perra aquí?". Yo no aguanté y me le tiré. Ahí nos enganchamos. Javier me cogió para que yo no le pegara y le dijo que se fuera en la moto. Yo me le safé y la *mechonié*. La tumbé al suelo. Y Javier me volvió a coger para que ella huyera. Y como la muchacha se voló, y yo tenía rabia, le aruñé la cara.

“Yo le di la vida, pero si me toca quitársela, se la quito”

Pero mientras todo marchaba bien en estos dos o tres últimos años, después de unas épocas duras, a mi gusto por el licor que apenas empecé a controlar realmente este año, se le sumó la rebeldía de mi hijo. Es duro verlo abandonar los estudios y ver que anda con malas amistades.

La discusión que tuvimos hoy, ya la hemos tenido muchas veces. Odio que se atreva a fumar en la casa. Me parece un descarado. Y lo más difícil es que es tarde para pegarle, siento que si al reprenderlo, me atrevo siquiera a intimidarlo, se va a burlar o le va dar igual, como me daba igual a mí cuando fumaba marihuana y mi mamá me regañaba.

Aún así me da rabia, y a veces me provoca de todo. Cuando lo regaño se ríe, y cuando lo aconsejo, le recuerdo lo que he tenido que pasar, y las cosas duras que viví, simplemente me ignora. No sé cuántas veces le he contado lo difícil que fue

para mí tenerlo a él, y todo lo que me la jugué por salir de la guerra y enfrentar la muerte de su padre.

Su cinismo me molesta. Y su rebeldía no la entiendo porque aunque en muchas ocasiones las cosas fueron duras en la casa, lo cierto es que yo he hecho mucho por él y por el hermano. Hoy, cuando estaba discutiendo con él, no aguanté y le dije: "Mire a ver qué hace. Usted no conoce a su mamá. Yo le di la vida, pero si me toca quitársela, con el perdón de Dios. Si me toca quitársela..." Entonces me miró. Y yo rematé. "Me toca".

Ese ambiente no es bueno, por eso este año tuve ganas de irme para Bucaramanga y mirar si puedo conseguir empleo allá, cambiar de vida, pero algo me detuvo. A mí me gusta jugar fútbol en el barrio. Un día estaba jugando. Javier me vio y me saludó. Llevábamos un par de semanas de no saber nada del otro. Y él me vio distinta. "Sandra, ¿tú estás embarazada?". Yo lo negué. No podía estarlo. Aunque estaba barrigona, me sentía bien y me estaba llegando la menstruación. Pero él insistió. Me pidió que me hiciera una prueba. Me la hice, y salió positivo.

Lo malo es que a él ya no lo quiero. Aunque llegué a ser celosa, y a desear mucho con él, ya cambié. Me volví escéptica de su amor. En conversaciones le he dicho que si las mujeres lo persiguen es solo por lo que él les pueda dar. Pero como nunca me mostró seriedad, después de nueve años, yo preferí alejarme de él, evitarlo, irlo sacando de mi corazón. Y en esas estaba hasta que supe que estaba embarazada. Así que aquí estoy, contándoles mi historia, con dos meses de embarazo, un amor que ya no quiero y dos hijos cuyo camino debo enderezar.

